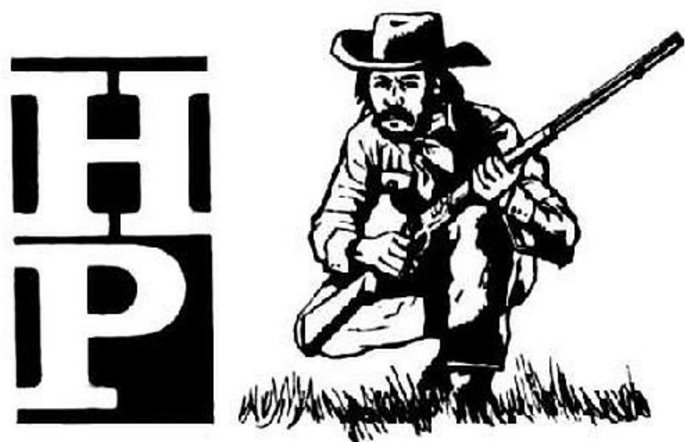


LA MUERTE EN SUS MANOS

Silver KANE



HEROES DE LA PRADERA



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319. —El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524. —Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736, —Infierno; capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
665. —Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014. —Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502. —Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637. —Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. —Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
921.—Miss Muerte recibe los lunes.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76. —Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15.—Un «Colt». una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
991.—Pan, amor... y pistoleros.

En Colección LA HUELLA:
80. —Manchas de sangre en los ojos.



Silver Kane

LA MUERTE EN SUS MANOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 523
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 37.557 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

3.a edición: enero, 1980

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

LA DAMA DEL REVOLVER

La mujer estaba quieta, erguida, y llevaba un revólver en la mano derecha.

Pero la verdad era que nadie se hubiese fijado en el revólver, sino solamente en ella. Morena, de grandes ojos negros, boca roja y fresca y cuerpo que hubiese mareado a una estatua, ella era mucho más importante que el revólver que empuñaba, a pesar de que por éste podía venir la muerte.

El hombre que estaba frente a ella sonrió con cansancio y dijo:

—¿Por qué tantas tonterías? ¿Qué te ocurre ahora?

El revólver de la muchacha trazó un suave movimiento de abanico.

—Ni un paso más.

El hombre no hizo caso. Jamás hacía caso a las mujeres, aunque llevasen un revólver en la mano. Su sonrisa cansada se hizo más intensa, transformándose casi en una sonrisa cínica. Pero existía en Nevada la leyenda de que aquella sonrisa cautivaba a las mujeres. En un rostro moreno y atractivo como el suyo, los dientes blancos y bien formados relucían con un encanto especial, y en sus mejillas se marcaban dos hoyuelos. Aquel rostro, reproducido en centenares de pasquines a lo largo y lo ancho de todo el Estado, había admirado a docenas y docenas de mujeres. La del revólver no iba a ser una excepción.

—Basta ya de tonterías, Norma —susurró él, dejando de sonreír por un instante—. ¿No te das cuenta?

¿Qué motivos hay para que ahora, de repente, tengas miedo de

mí?

—No tengo miedo de ti.

—Entonces es que me quieres demasiado.

En los labios rojos de la mujer hubo como un imperceptible fruncimiento.

—Quizá sea eso. Pero no olvides que las mujeres que aman son a veces más peligrosas que las que odian, Dale.

—De una maldita vez… ¿Qué te ocurre?

—Me han dicho —escupió la mujer— que has seducido a Elena Targuell, y que le has prometido casarte con ella.

—¡Ah! ¿Era por eso?

El hombre, de repente, parecía aliviado. Su sonrisa se hizo más ancha y atractiva que antes.

—¿De modo que te han dicho que Lena y yo…?

—He oído decir que está loca por ti, que haces lo que quieres con ella y que has prometido convertirla en tu mujer. Yo no sé si eso es cierto, Dale, pero si lo es te mataré. ¡Juro que te mataré!

Y apretaba el revólver con tal firmeza que no se podía dudar de que estaba dispuesta a cumplir su palabra.

—¿Y qué, si fuera cierto? ¿Es que eres la única mujer del mundo? ¿Te he prometido alguna vez que ibas a tener la exclusiva del amor de Dale Burton?

—Pero yo te quiero, Dale. Te quiero para mí sola aunque te busquen todos los *sheriffs* de Nevada y todos los federales de Estados Unidos. Te he ayudado a escapar, te he sacado de innumerables peligros, y a cambio has jurado cien veces que nunca mirarías a otra mujer. No trates de negarlo ahora. Y si tus juramentos no fueran bastante, sabes que estamos unidos de una forma que ni tú ni yo podemos romper.

El hombre extrajo su revólver con un movimiento fulminante, se ladeó de costado y gritó:

—¡Maldita…!

Toda esta escena ocurría en una casa aislada de la llanura, cerca de Carson City, bajo un sol abrasador y entre el graznido de docenas de cuervos que ya empezaban a revolotear sobre el cadáver que se hallaba tendido de bruces en las cercanías de aquella casa.

Dale Burton, montando un magnífico caballo blanco, como era su costumbre, había llegado desde Carson City para dirigirse a la

cabaña donde tenía una cita con aquella mujer. Aunque en la ciudad docenas de pasquines ofrecían crecidas recompensas por su cabeza, Dale tenía aterrorizado al *sheriff* y se paseaba por Carson City tan a sus anchas como si él fuera el verdadero dueño de la ciudad. Aquella mañana, un joven que aspiraba a ganar la gloria, le había seguido confiando en poder eliminarle a traición en cualquier punto de la llanura. Pero Dale le había aguardado en una pequeña trinchera rocosa, había caído de repente sobre él y le había llenado el cuerpo de plomo. No quiso matarle demasiado pronto, para que tuviera tiempo de ver cómo los buitres se iban aproximando a él, pero el joven murió después de un par de minutos de agonía. Todo lo que a Dale se le ocurrió decir, fue:

—¡Lástima!

Luego, balanceando los revólveres que colgaban de su cintura, había entrado en aquella casa. Allí le esperaba una de las mujeres más bonitas de Nevada, una verdadera diosa de veintidós años llamada Norma Sheridan, con la que él se había casado en secreto doce meses atrás.

La habilidad diabólica que aquel hombre tenía con el revólver, dejó atónita una vez más a Norma Sheridan. A pesar de que ella ya tenía el revólver en la mano y le parecía fácil disparar sobre Dale, él fue lo bastante veloz para pararle la acción, y de un solo disparo le arrancó el revólver de entre los dedos sin causarle un solo rasguño. En el grito de Norma Sheridan hubo mucho de miedo, pero también mucho de asombro y de admiración.

Dale volteó entonces su revólver y lo arrojó a manos de Norma para que ésta lo atrapase al vuelo.

—Vamos, dispara, ¿es que no te atreves?

Las manos de Norma temblaban. Sabía que lo de Lena Targuell era cierto, que era cierto también lo de Diana Oken y lo de tantas y tantas mujeres que habían amado al pistolero Dale Burton. Su sangre apasionada, el amor y el odio mezclados que sentía hacia él, le habrían impulsado a disparar para terminar de una vez. Pero no podía. ¡No podía!

Dale se acercó poco a poco a ella. Sus manos desarmadas parecían acariciar el aire. Las espuelas mexicanas lanzaban un sonido dulce y cantarino en el interior de la habitación. Ella no disparó. Trató de reunir todas sus fuerzas, toda su voluntad, pero no

pudo apartar el gatillo. Dejó caer el arma al suelo y fue ella misma la que se arrojó en brazos de Dale Burton, pidiendo sin palabras que la besara.

El la besó.

Fuera seguían graznando los buitres, seguía quemando el sol como si toda Nevada no fuera más que un horno gigantesco. Dentro de la cabaña, Norma se desligó poco a poco de los brazos de Dale Burton. Sus ojos estaban llenos de lágrimas cuando susurró:

—¿No sabes? Hoy es el primer aniversario de nuestra boda.

—¿Y por qué crees que he tenido interés en verte? ¿Por qué piensas que he venido a Carson City desde Elko? Sólo por verte, chiquilla.

—Dale… ¿Cuándo vas a dejar esta vida? ¿Cuándo podré presentarte a mis padres como mi legítimo esposo? ¿Hasta cuándo va a durar este dolor de mantener en secreto nuestro matrimonio?

El la atrajo hacia sí y la besó nuevamente, pero mientras lo hacía, sus ojos miraban la llanura a través de la entreabierta ventana. Una hora después tenía una cita con Elena Targuell. Pero ¡bah!, Elena podía esperar. Su esposa era más bonita que cualquier otra mujer de la ciudad.

La miró a los ojos y dijo:

—Hoy va a ser un gran día para nosotros. Iremos a comer al rancho de Morton, que como sabes es mi socio. No te dejaré un momento hasta el anochecer, y te prometo que dentro de unos días voy a organizado todo para cambiar de vida. El *sheriff* hará retirar los pasquines que ofrecen recompensa por mi cabeza y buscaré un empleo en la ciudad. Habrá docenas de hombres que querrán contratar a Dale Burton. No creo que entonces tus padres tengan queja de mí. ¿Qué dices a esto, chiquilla?

—Digo…, ¡digo que me parece maravilloso!

—Pues entonces no perdamos más tiempo. Vamos al rancho de Morton, donde nadie nos molestará. ¿Qué caballo has traído, Norma?

—El negro, al que llamamos «Diablo». Lo he ocultado entre unas rocas cerca de la casa. Puede competir con el tuyo en velocidad.

—Eso lo veremos. Nadie ha ganado todavía a Dale Burton.

Salieron los dos. Norma fue en busca de su caballo y montó en él con la agilidad de una consumada amazona. Dale saltó a lomos de

su corcel, y ambos emprendieron un desenfrenado galope. Norma, con una energía que habría envidiado cualquier hombre, dominó su salvaje montura y la hizo lanzarse como una flecha en seguimiento de la de Dale. Unos minutos después la había alcanzado.

Las docenas de buitres que sobrevolaban el cadáver, huyeron entre siniestros graznidos que parecían llenar la llanura.

Los caballos, instintivamente, aminoraron la galopada.

Norma, con un mohín de inquietud en los labios, preguntó:

—¿Quién era ese hombre? ¿Lo has matado tú, Dale?

—Era un tipo que quiso liquidarme a traición. Una especie de buitre como esos que van a devorarlo. Pero las cosas siempre salen mal cuando uno trata de alcanzar por la espalda a Dale Burton.

—Ya hay demasiados hombres muertos en tu camino —dijo Norma tristemente—. Dudo que jamás puedas emprender la buena senda.

—¿Es que te avergüenzas de mí?

—No, Dale y tú lo sabes bien, pero…

El espoleó su caballo y lo hizo desviar de la dirección que llevara hasta entonces, galopando hacia la ciudad.

—¡Eh, Dale! ¡Vamos a Carson City! —gritó la muchacha.

—Eso es lo que pretendo.

—¿Pero qué ocurre? ¿Es que te has vuelto loco?

—¡Quiero convencerme de que no te avergüenzas de mí! ¡Entraremos en un saloon y beberemos algo juntos! ¡Sólo entonces me convenceré de que eres una digna esposa para Dale Burton!

—¡Pero eso es una locura!

El no respondió, y siguió galopando hacia Carson City, cada vez con mayor velocidad. Norma le siguió. En el fondo ya sentía deseos de que aquella situación se aclarase algo, de que por fin supieran en Carson City que ella era la esposa del pistolero Burton. Un día u otro, aquello tendría que suceder.

Entraron al galope en la ciudad y se detuvieron en uno de los saloons más concurridos de la calle principal.

A aquella hora, el local estaba lleno de vaqueros, mineros, jugadores, profesionales del gatillo y borrachos. Es decir, que no se encontraba en aquel local ni una sola persona recomendable, porque hasta los vaqueros y mineros vivían de su gatillo en Carson City Pero al lado de Dale Burton, todos eran como unos angelitos a

los que sólo les faltasen las alas.

Al ver entrar al pistolero se hizo un inaudito vacío en la barra, y el rumor de las mesas cesó. Los clientes dejaron de beber, de hablar, y de respirar incluso. En un momento, Dale tuvo a su disposición tantas mesas como necesitara y tanto espacio en la barra como desease. Notó que todo el mundo estaba pendiente de él. Esto le gustaba. Eso era vivir.

—Una botella de *brandy* del mejor —encargó.

El mozo se la sirvió con la mayor presteza.

—La casa invita, señor.

—¿Dices que éste es buen *brandy*? ¿Es que no tienes una cosa mejor? ¡Maldito cochino, vas a beberte tú esta botella!

Le rompió el gollete de un golpe y la tendió al mozo.

—¡Bebe!

El camarero bebió. Tenía tanto miedo que apenas podía tragar, y el licor escapaba por entre sus labios. Sus ojos no dejaban de mirar a Dale, y cuando vio que éste sacaba el revólver, se desmayó. Dale le apuntó, hizo al fin un gesto de aburrimiento y volvió a guardar el arma.

—Tu vida vale menos que una bala —masculló.

Se sirvió él mismo otra botella que ya había previamente elegido, y la puso en las manos de la nerviosa muchacha.

—Entra por esta puerta, Norma. Hay un reservado tras ella. Haremos que nos sirvan y que nos reverencien bien. Estaremos mucho más tranquilos que en esta cuadra.

A pesar de que el dueño del saloon tenía pistoleros a sueldo, y él mismo tuvo tiempo atrás la cabeza puesta a precio, en Texas, nadie protestó.

La muchacha entró en la habitación indicada, cerrando tras sí, y Dale permaneció unos minutos más en la sala. Le gustaba aquel silencio y aquella sensación de que todo el mundo estaba pendiente de sus menores movimientos. Con voz sonora, indicó:

—Estaré ahí, para el que quiera alguna cosa. El que me moleste no volverá a molestar nunca más a nadie. ¿Alguna objeción?

A pesar de que en el saloon había varios hombres enamorados de Norma, creyéndola soltera, nadie desplegó los labios.

Dale, para afianzar más su postura, repitió:

—¿Algún comentario?

Y una voz dijo desde la puerta:

—Uno solo, Dale. ¿De qué color quieres tu ataúd?

Dale miró a aquel tipo. Era un hombre de unos veintiocho años, no demasiado alto, pero ancho como un campeón y con un cuello donde se tensaban poderosos músculos de toro. Iba vestido de negro casi enteramente, y de su cintura colgaban dos «45» último modelo.

El pistolero no recordaba haber visto nunca a aquel hombre. Iba cubierto de polvo, lo que indicaba dos cosas: que había hecho una larga galopada y que no vivía en la ciudad. Aquellos ojos grises y crueles, y aquellos puños capaces de matar a un hombre, no recordaba haberlos visto Dale en sus correrías por el Oeste.

Se situó en el centro de la sala, junto a la puerta, y sonrió de aquella forma tan peculiar en él, marcándosele los dos hoyuelos en las mejillas. Estaba tan seguro de poder matar a aquel loco que ni siquiera se preocupó de buscar el ángulo más favorable para el desafío. Sin perder la calma, preguntó:

—¿Qué te ocurre, amigo? ¿Es que te has enamorado de Carson City?

—No veo que una cosa tenga relación con la otra —contestó el desconocido.

—Como vas a permanecer en ella toda la eternidad…

El hombre vestido de negro escupió al suelo ostentosamente.

—¿Quién eres? —preguntó Dale—. ¡Pronto, tu nombre! ¡Tu nombre antes de que te mate!

—Me llamo Tony Lorens.

El nombre produjo como una sacudida en los ojos de Dale. Le recordaba algo, no sabía bien qué. De entre la niebla de su memoria, aquel nombre surgía con un significado confuso, lejano…

—¿Tony Lorens? ¿Dónde he oído yo antes ese nombre?

—Tú combatiste con mi hermano en la Caballería del Sur, durante la guerra civil. Por eso recuerdas el apellido. Le salvaste la vida una vez; por ti mi hermano viviría todavía.

—Ah, ya recuerdo. Fue en la batalla de Guettisburg. ¿Qué ha sido del viejo Claude?

—Murió hace un año, pero no fue culpa tuya. Ya te he dicho que la última vez que lo viste fue para salvarle la vida.

—¿Y tú vienes ahora a matarme, valiente?

—No creas que eso me gusta. Como agente federal he recibido la

orden de cazarte como sea. Las palabras que me dijeron fueron éstas: «Mátelo usted como a un perro». Ya ves que en Washington te quieren mucho, Dale. Pero yo no te voy a matar como a un perro, sino como a un hombre. Te daré la oportunidad de defenderte, e incluso si me prometes que vas a cambiar de vida, te permitiré que huyas del Estado.

—Sólo por ese insulto mereces la muerte, Lorens.

—¿Qué insulto?

—Quien invita a huir a Dale Burton, quien le perdona la vida de antemano, le infiere la ofensa más terrible que puedan hacer. Y yo no perdono las ofensas, valiente. Ni necesito tu perdón ni necesito cambiar de vida. Reza, si sabes, porque dentro de unos segundos vas a estar más muerto que tu hermano. ¡Reza!

—No he dicho nada para insultarte, Dale. Por el contrario, he creído que en nombre de mi hermano debo ofrecerte esa posibilidad de salvar la piel, para agradecer lo que por él hiciste. Loco serás si la rechazas. Pero aún quiero ofrecerte la última oportunidad. Piénsalo bien.

—Está va pensado, imbécil.

Se inclinó un poco hacia adelante y gritó:

—¡Saca!

Sus manos se movieron con una velocidad de pesadilla, y sus revólveres brotaron a la luz. Pero toda la maestría de que había hecho gala a lo largo de varios años de pistolero, toda la rapidez que le había dado fama en el Oeste entero, fueron insuficientes para vencer a Tony Lorens. Éste disparó a través de las fundas, haciendo dos suaves movimientos con las muñecas, y las balas ladraron en el aire como perros rabiosos. Entre una exclamación de horror, Dale recibió el plomo en los revólveres, que saltaron hechos añicos, sin que sus manos sufrieran más que dos leves rasguños. Aquella pasmosa exhibición de puntería, aquel espectáculo nunca visto ni aun en la turbulenta Carson City, hizo lanzar a los espectadores un grito de estupor.

—Mi última palabra Dale —dijo Tony Lorens.

Dale estaba tan asombrado que apenas podía hablar, pero no dejó de darse cuenta de la situación. Aquel joven iba a gastar todos los recursos antes de matarle. Si era listo, aún podía ser él el vencedor.

—Bueno, no te lo tomes así.

—Tú tienes la palabra, Dale. Si quieres cambiar de vida aún te dejaré huir, para perseguirte como una hiena si faltas a tu palabra. Pero si lo que deseas es seguir manteniendo tu fama de pistolero, voy a dejarte un revólver para que defiendas tu vida hasta el fin. Con una sola advertencia, Dale Burton, ahora tiraré a matar.

Dale pensó que ahora no fallaría. Si contaba con un revólver, él sería el vencedor.

—Voy a defender mi fama de pistolero.

Sacando el revólver, Tony Lorens se lo arrojó al vuelo para que lo tomara. Febrilmente, ansiosamente, Dale disparó con él, sin avisar, apenas lo tuvo entre sus dedos. Pero tampoco esta vez fue lo bastante rápido.

Ni la ventaja de la traición le resultó suficiente.

Tony Lorens hizo una pequeña contorsión y disparó a través de la funda, perforándole el corazón. Luego tiró una, dos, tres veces más. A cada impacto se estremecía el cuerpo destrozado de Dale Burton.

Desde el interior de la habitación, Norma escuchaba aquella sinfonía de muerte.

CAPÍTULO II

LA VENGATIVA

Cuando Tony Lorens dejó de disparar, guardó el revólver todavía humeante en la funda derecha y se acercó al cuerpo de Dale Burton para recuperar el otro «Colt» que éste aún tenía agarrotado entre dos dedos.

Dale había recibido plomo en el corazón, en la cabeza y en los pulmones, de modo que estaba ya más muerto que el primer colonizador del continente americano. La suya había sido una muerte rápida, y si esas cosas pueden decirse, una muerte limpia. No todo el mundo sabe exterminar a un prójimo con la habilidad de que Tony Lorens había hecho gala. Pero cuando el joven vestido de negro se aproximó al cuerpo de su víctima no había el menor orgullo en su semblante ni la menor alegría en el dibujo de sus labios.

Enfundó también el otro revólver y dijo al dueño del saloon:

—¿Cuándo cuesta un buen entierro en Carson City?

—Se puede organizar uno por doce dólares.

—He dicho un buen entierro.

—En tal caso, cincuenta dólares…, señor.

Tony Lorens, calmosamente, dejó caer cincuenta dólares en el mostrador.

—¡Ha sido un desafío magnífico! —dijo el camarero al que antes obligaran a beber *brandy*—. ¡Ya tenía ganas yo de que le dieran su merecido a ese tipo!

Tony le miró sin ningún entusiasmo.

—No me gustan los comentarios —dijo.

Antes de dar media vuelta y salir, advirtió:

—Entiérrenlo esta misma mañana. La recompensa que daban por su muerte, pueden repartirla entre los necesitados de la ciudad.

Iba ya a empujar los batientes, cuando una puerta del fondo del local se abrió poco a poco.

Un revólver asomó por el hueco.

Rechinándole los dientes, Norma Sheridan vació todo el cilindro contra el cuerpo del federal.

Si alguien había visto cómo se abría la puerta del fondo, tras la que estaba Norma Sheridan, no se preocupó de advertirlo al joven. Una muerte más no iba a importar en Carson City Tuvo que ser el propio Tony Lorens quien, al escuchar el inconfundible ruido de un martillo al alzarse, se arrojó contra los batientes con todas las fuerzas de sus músculos. Las balas pasaron aullando junto a su cabeza, y sólo una le produjo un ligero rasguño en la frente. Únicamente a la rapidez endiablada con que se había movido, debió el conservar la vida. También es cierto que si Norma no hubiera disparado con tanta precipitación, guardando alguna bala para el final, habría podido atravesarle fácilmente. Pero cuando se dio cuenta del rapidísimo movimiento de Tony, ya había agotado todas sus balas.

El federal, desde el suelo, se revolvió con la velocidad de un gato y extrajo el revólver, poniéndolo velozmente en línea de tiro. Ni una décima de segundo necesito para saber de dónde procedían los disparos. Entiló con el cañón la puerta, y va se disponía a apretar el gatillo, cuando vio que la que había disparado contra él era una mujer.

Apenas tuvo tiempo de distinguir sus facciones, porque la puerta se cerró instantáneamente, pero presintió que no la olvidaría mientras viviese. Pudo haber matado a la mujer y no lo hizo. Se limitó a guardar el revólver y a ponerse en pie calmosamente.

El dueño del Saloon le miraba desde la barra, más pálido que un muerto.

—¿No creerá que de esto tenemos la culpa nosotros? Le juro que…

—No creo nada. Es innecesario que me de explicaciones. Lo único que le pido es que no olvide encargar un buen entierro para Dale.

Empujó los batientes una vez más y salió lentamente a la calle. Antes de alejarse del porche, repuso todos los proyectiles de su revólver y volvió a ajustarlo en la funda. Luego echó a andar hacia el amarradero donde dejara su caballo poco antes.

No había llegado a él cuando un hombre entró corriendo en el saloon, vio lo que había en su interior y volvió a salir, dirigiéndose hacia el joven.

Éste le miró sin pestañear. El tipo que se aproximaba a él vestía con cierta elegancia, tendría unos cuarenta años y llevaba en el chaleco la estrella de *Sheriff*.

Tony no esperó a que el otro preguntara. Fue él quien empezó:

—¿Conoce usted bien este saloon, *sheriff*?

—Sí, ¿por qué?

—Quisiera saber si la habitación que da al fondo tiene salida al exterior por alguna puerta o ventana.

—La tiene. ¿A qué viene esta pregunta?

—¡Oh! No es nada de importancia. Daba por descontado que el que estaba allí podía huir por otro sitio. Pero sólo quería asegurarme.

El *sheriff* entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Qué ha sucedido ahí dentro?

—Nada que usted no pueda imaginarse. Me encargaron liquidar a Dale Burton y he cumplido la orden. No tema; no le he hecho sufrir demasiado.

—¿Dice que le encargaron matar a Dale Burton?

—Exactamente. Soy el agente federal Tony Lorens, enviado especialmente para terminar con Dale y su banda de forajidos. Lo principal del trabajo ya está hecho, y celebro haberle causado tan pocas molestias, *sheriff*.

El de la estrella creyó notar cierto tono irónico en las últimas palabras del joven.

—Bueno, no creerá que yo podía estar al tanto de todo lo que hacía y dejaba de hacer ese condenado bandido. Ni siquiera sabía que estaba en la población. De haberme enterado a tiempo…

—No le pido ninguna clase de explicación, *sheriff*. Por lo contrario, me limite a dárselas.

El representante de la ley, más tranquilo por las palabras del joven, prestó atención a la sangre que manchaba la frente de éste.

—¿Le ha herido Dale antes de morir? —preguntó.

—No ha sido Dale, sino una mujer.

—¿Una mujer?

—Más vale que no nos entretengamos en eso, *sheriff*. No ha logrado matarme, y en paz Nunca me han gustado los asuntos de faldas. ¿Cuál es el mejor hotel de la población?

—¿Es que acaba usted de llegar?

—Hará una media hora.

—A eso se le llama un trabajo rápido. Llegar, echar el ojo encima a un tipo como Dale Burton y eliminarle al primer balazo. Creo que hacían falta en Carson City muchos hombres como usted, amigo. Si quiere venir a mi oficina, yo mismo le curaré este rasguño, y luego, me preocuparé de que quede bien alojado. ¿Por muchos días en Carson City?

—Sólo los indispensables por conocer la situación de la banda de Dale y elevar un informe a mis superiores. Y no tema, *sheriff*, no mencionaré una sola vez que Dale Burton le inspiraba a usted demasiado respeto. ¿Vamos?

Tony y el *sheriff* se encaminaron a la oficina de este último, que estaba situada unos metros más allá. Entraron, y el mismo *sheriff* hizo una primera cura de la herida del joven, que, como bien habían supuesto, no era más que un rasguño. Tony no hubiera pensado más en ella a no estar ligada a la imagen de la mujer que se la había causado. De todos modos se abstuvo de hacer nuevos comentarios ante el representante de la ley Este, después de curarle, le invitó a una copa.

—De buena se ha librado usted, amigo. La bala traía malas intenciones. ¿Piensa buscar a esa mujer?

—¿Se conocía si Dale Burton tenía algún amorío en Carson City?

—¿Amorío? Docenas de ellos.

—Quiero decir algo importante, algo que pudiera impulsar a una mujer al crimen por amor a él.

El *sheriff* se acarició la barbilla.

—No sabría decirle. Dale era uno de esos tipos que gustan a las mujeres sin que se sepa bien por qué. Continuamente tenía asuntos de laidas en Carson City, pero las mujeres que se acercaban a él eran también de vida dudosa, de esas que casi nunca se arriesgan por un hombre. ¿Vio usted la cara de la que intentó matarle?

—Sólo un instante, pero creo que la reconocería.

—Tengo en mi oficina un buen archivo de daguerrotipos, reproduciendo casi todos los rostros de las personas que en Carson City tienen cuentas con la ley. Entre ellos hay bastantes mujeres. ¿Quiere ver si reconoce a la que disparó?

—Bien —dijo Tony sin ningún entusiasmo.

El *sheriff* le mostró una buena colección de fotografías. Entre la docena de mujeres que tenían sus rostros fichados allí, el joven no encontró ninguna que se pareciera a la que había intentado matarle. Aquélla era mucho más hermosa.

—No es ninguna de éstas —aseguró—. ¿Tenía Dale algo que ver con cualquier otra mujer que no fuera sospechosa?

—Que yo sepa, no. Aunque… ¡Ah, ya recuerdo! Últimamente se habló de que una tal Elena Targuell estaba enamorada de él. Elena es muy hermosa y tiene los cabellos rubios. ¿Era rubia la mujer que disparó?

—Era morena.

—En tal caso lamento no poder ayudarle más. En cierto modo, ese Dale Burton era un tipo misterioso. Ignoro que tuviese relación con ninguna otra mujer.

—No importa, *sheriff*. El Gobierno Federal no me paga para perseguir mujeres, sino para liquidar asesinos. Podemos olvidarnos de la damisela que intentó cribarme la piel, ya que no ha conseguido su propósito. Puede que en el saloon la conozcan o puede que no, pero en todo caso prefiero ignorar su identidad y no haré averiguaciones. En caso contrario tendría que entregar a esa mujer al juez, y ya le he dicho que el gobierno no me paga para perseguir mujeres. De modo que dejemos esto.

—Me parece que la muerte de Dale Burton no le ha causado demasiada satisfacción, amigo —opinó el *sheriff*—, aunque sin duda ha de significar un gran triunfo para su carrera. ¿Qué le ocurre?

—No me ha gustado matar a Dale Burton, aunque sin duda merecía cien veces la muerte. Precisamente solicité encargarme de esta misión para darle una oportunidad. Pero no quiso aceptarla, y se hizo inevitable dejar al revólver la última palabra. Eso es lo único que me ocurre, *sheriff*, que no quisiera haber tenido que matar a Dale, por una razón personal que ahora no necesito explicar. ¿Qué noticias hay de su banda?

—Malas para usted.

—¿En qué sentido?

—Los hombres de Dale, una docena poco más o menos, están diseminados por la región, pero se reunirán para vengarle, y no pararán hasta hacer trizas al hombre que lo hizo trizas a él. Además, está la cuestión del dinero. Dale tenía en su poder todo el botín de la cuadrilla, que se repartía tres veces al año. Como puede ver, esa gente estaba organizada igual que una sociedad mercantil. No pararán hasta dar con el dinero, y desde el principio va a estar usted mezclado en este feo asunto.

Tony terminó de beber el contenido de su copa, y dijo calmosamente.

—No importa. Espero tener la suficiente suerte para que otro se encargue de concluir la tarea.

—¿Tiene para ello alguna razón particular?

—Sí, una muy importante. Voy a casarme dentro de dos meses.

El tipo que entró a continuación en la oficina del *sheriff* debía ser uno de los más ricos de Carson City, pues vestía como un caballero y llevaba joyas que valían una auténtica fortuna. Nada más ver a Tony Lorens, se dirigió hacia él y le estrechó la mano con fuerza.

—¿Es usted el que ha matado a Dale Burton? —preguntó con énfasis.

—En efecto —dijo Tony, sin mirarle apenas.

El otro por poco le magulla la mano a fuerza de estrechársela.

—Le felicito, amigo. En nombre de la ciudad y de cuantos tenemos intereses en ella, le doy las gracias. Ha sido un magnífico servicio que no sé cómo podremos pagarle.

Ante la mirada levemente interrogativa del joven, el *sheriff* aclaró:

—Se trata del señor James Sheridan, una de las personalidades más importantes de nuestra ciudad. Posee minas, ranchos, e innumerables cabezas de ganado en este Estado y en los vecinos. Éste es un gran honor para usted, señor Lorens. No es nada fácil que un multimillonario como Sheridan le felicite a uno de esta manera.

—A mí me paga el Gobierno, no los multimillonarios —dijo Tony con una sonrisa que trataba de paliar la dureza de la frase.

—Tendré un gran placer en recompensarle de algún modo —dijo

Sheridan sin hacer caso de las anteriores palabras—. ¿Aceptaría usted un premio del Ayuntamiento de la ciudad?

—Mi cargo me prohíbe aceptar recompensas.

—¡Oh, está bien, está bien! No he querido coaccionarle. Pero supongo que su cargo no le impedirá asistir a tiestas. Doy una esta noche por el cumpleaños de mi hija Norma. Supongo que no le importaría asistir. Nos dolería mucho que un hombre como usted pasara por Carson City sin aceptar la menor muestra de nuestra gratitud. Se lo digo sinceramente.

Tony Lorens comprendió que no podía rehusar sin causar un desprecio a aquel hombre, y por eso dijo:

—Está bien, iré. Gracias.

Y aquella noche, después de vestirse con sus mejores ropas, Tony se dirigió a la casa de James Sheridan, que le habían dicho estaba situada en el centro de la calle principal, junto al gran hotel Nevada.

La casa era magnífica, y resultaba una de las mejores de la ciudad. Tony admiró la exquisitez de las delgadas columnas que sostenían el porche, la elegancia de las ventanas, el lujo de todos los detalles. Se celebraba allí una fiesta que, por lo visto, había reunido a toda la aristocracia de la ciudad, pero el dueño de la mansión sólo se preocupó de Tony Lorens, apenas puso éste los pies en la puerta.

—¡Mi querido amigo! ¡Es usted, la honra de nuestra ciudad y de mi casa! Pase, pase. Le presentaré a mis principales invitados y a mi hija. Tengo un interés especial en que la conozca. Entre, entre, por favor.

Tony entró, acompañado por el dueño de la casa, y pasó una mirada distraída por los grupos de atildados caballeros y elegantes damas que llenaban los salones. Parecía increíble, viendo toda aquella elegancia, que estuviera en una de las ciudades más salvajes y turbulentas de todo el Oeste.

De repente se tensaron todos los músculos del cuerpo del joven.

Acababa de ver a la mujer que intentó asesinarle pocas horas antes.

CAPÍTULO III

MUERE, CARIÑO, MUERE

—Mi hija —presentó James Sheridan con una sonrisa de complacencia—. Mi única hija, Norma.

Los ojos de la muchacha buscaron los del hombre. No había en ellos el menor asombro, el más mínimo temor cuando se posaron en sus pupilas. Su boca fresca, aquella boca que había hecho enloquecer de pasión al pistolero Dale Burton, se entreabrió para decir:

—Encantada, señor. ¿Cuál es su nombre?

—El señor Tony Lorens nos honra hoy con su visita, Norma. Es un gran hombre, es el agente federal que ha terminado en duelo abierto con un pistolero tan dañino como Dale Burton. ¿Tú habías oído hablar de Dale Burton, verdad, hija mía?

La sonrisa de la muchacha habría podido parecer irónica si no hubiese habido tanto dolor disuelto en ella.

—A veces.

—Mejor para ti estar ignorante de esas cosas, Norma. Pero te será suficiente saber que Dale era para nosotros una pesadilla, y que el señor Lorens nos ha hecho un gran favor enviándolo para siempre al valle de Josafat. Espeto que serás especialmente amable con él y procurarás que esta fiesta le resulte agradable. Es mucho lo que le debemos todos los ciudadanos honrados de Carson City. Bueno, señor Lorens, le dejo en buena compañía. Perdóname si voy a atender al resto de mis invitados.

—No necesita disculparse, señor Sheridan.

El dueño de la casa se alejó. Tony le estuvo siguiendo con la

mirada todo el tiempo que le fue posible, hasta verle perderse entre los grupos. Luego, cuando ya no podía dilatar por más tiempo aquella situación, se volvió hacia Norma Sheridan. Los ojos de ésta llameaban. Era morena, tenía los labios rojos y palpitantes y todo su cuerpo vibraba como una cuerda de seda demasiado tensa. Era una mujer hecha para amar o matar, una mujer hecha para los extremos, nunca para los apacibles términos medios. Era como una llama que puede vivificarlo todo o destruirlo todo. No se podía permanecer indiferente ante ella, como ella no permanecía indiferente ante nada. O amaba o destruía. Ésta debía ser su ley.

Tony Lorens notó en los ojos de la mujer que ella quería destruirle.

—Nunca hubiera sospechado que fuera usted una dama tan distinguida —dijo con voz suave—. Para ser hija de un multimillonario, maneja el revólver bastante bien.

Estaban los dos solos, aparte. Nadie les oía.

Ella entreabrió los labios rojos pata modular:

—Suelo tirar mucho mejor que lo que usted ha visto, señor Lorens. Pero esta tarde, por razones bien comprensibles, estaba algo nerviosa. Le prometo que la próxima vez que tenga el honor de disparar contra usted, no quedaré tan en ridículo. Le mataré a la primera bala.

Y sonreía como si sus labios fueran a besarle, en vez de comunicarle su sentencia de muerte.

—Tiene usted la nobleza de avisarme, y eso va es algo.

—Simple contrapartida por el favor que me hizo esta tarde al no matarme. Sé que pudo hacerlo. Pero no crea que con su gesto ha logrado impresionarme, señor Lorens. Es usted una hiena hambrienta que hoy ha logrado propinar un buen mordisco, pero cuya trampa ya está preparada y cuya piel ya está vendida. Si tiene usted familia y amigos, despídase de ellos, señor Lorens. Y es inútil que trate de huir de Carson City.

—Después de haberla conocido, dudo que huya. No tendría fuerzas.

—Muy galante. Pero de todos modos despídase.

—No tengo nadie de quien despedirme, excepto de mis superiores del Gobierno federal, lo que no vale la pena, y de mi prometida. Iba a casarme dentro de dos meses.

La noticia no pareció impresionar lo más mínimo a Norma Sheridan.

—Pobre muchacha —dijo por todo comentario.

—Es usted rica —dijo Tony—. ¿Va a pagar a alguien para que me mate?

—De ningún modo, querido. Es usted mío, enteramente mío, y no consentiré que nadie le ponga la mano encima. Quiero tener el honor de matarle yo misma.

Sonrió encantadoramente y tornó a Tony de la mano, atrayéndolo hacia sí. Sonaba en aquel momento la música. Tony tardó en darse cuenta de que lo que ella hacía era invitarle a bailar. Instintivamente la tomó polla cintura y siguió los compases de la orquesta.

Jamás había vivido una situación tan extraña como aquélla. Tenía entre los brazos a una mujer de palpitante hermosura, una de las más atractivas y apasionadas que había visto jamás, y al mismo tiempo sabía que aquella mujer iba a ser su verdugo. Mientras danzaba sin ganas, preso en el torbellino de sus propios pensamientos, ella le miró varias veces, y con una mirada tan intensa que el joven sintió un estremecimiento. Nunca la muerte se había vestido para buscarle tan delicadas ropas de seda.

El baile terminó, Norma, danzó otras piezas con innumerables pretendientes que la asediaban por todos lados y Tony se alegró de que lo dejaran en paz y de que aquella sensación tan extraña que le había acometido desapareciese. Con gusto se hubiera marchado de la tiesta, pero la presencia de la mujer allí le obsesionaba de tal modo que se creía incapaz de alejarse. Era como un embrujo. Estaba seguro de no haberse enamorado de aquella mujer, pero su presencia inquietante le obsesionaba de tal modo que no podía alejarse de ella.

En un momento en que creyó que nadie le prestaba atención, salió al jardín que había en la parte posterior de la casa y encendió un cigarro. Las cuadras —unas cuadras limpias y cuidadas como jamás había visto otras— estaban allí cerca. Tony se aproximó e inspeccionó distraídamente los caballos. Como todo hombre del Oeste le obsesionaban los caballos y las armas. Desde allí, la música se oía lejana e imprecisa, y tuvo la sensación de hallarse a muchas millas de la fiesta. Estaba admirando a un potrillo de dos meses

cuando algo duro vino a clavarse en su costado izquierdo.

Tony no tardó ni una décima de segundo en comprender que había entrado en contacto con un revólver.

La voz acariciante de Norma, recomendó:

—No se mueva.

Tony no hizo demasiado caso. Sabía que ella iba a disparar, pero nunca le había gustado que le matasen por la espalda. Quería ver cara a cara a aquella mujer. Se volvió, y ella le dejó volverse, pero le siguió encañonando. Al parecer, también ella quería que le viese la cara en el momento de morir.

—Has ido muy deprisa. Creí que dejarías tu venganza para mañana, pero eres de esas mujeres a las que no les gusta perder el tiempo.

—Nunca me ha gustado —susurró ella.

Tony la miró fijamente. Todos los músculos de la mujer estaban tensos, y se adivinó el momento en que iba a apretar el gatillo. El dedo índice se cerró un poco más, y el disparador empezó a correr. El movimiento de Tony Lorens fue de tan fantástica rapidez que dejó anonadada a Norma Sheridan. Cuando quiso darse cuenta de lo que sucedía, estaba ya indefensa. Tony, de un solo y hábil manotazo, había hecho saltar el arma. Ésta no llegó a dispararse, y produjo tan sólo un chasquido suave al caer sobre la paja. La mujer lanzó un extraño chillido, al verse desarmada, y se abalanzó sobre Tony Lorens.

Convertida en una histérica, dominada tan sólo por su dolor y su odio, la mujer trató de clavar sus barnizadas uñas en el rostro del joven. Éste la sujetó por las muñecas y la mantuvo quieta un instante así, mientras ella trataba de deshacerle a puntapiés los tobillos. Tony ni siquiera se movió. Al darse cuenta de su impotencia, la mujer tuvo como un espasmo. Fue entonces cuando Tony la abofeteó. Tuvo que dejarle una mano libre y abofetearle dos veces, mientras ella gemía sordamente. Al fin el espasmo cesó y la muchacha cayó blandamente a tierra.

Tony Lorens la miró desde arriba, caída a sus pies como una cosa blanda y dulce. Así, sin su revólver, siria mueca amenazadora de antes, inspiraba lástima. Tony musitó:

—Levántese.

Ella le lanzó una mirada cargada de odio, e hizo esfuerzos para

ponerse en pie. No pudo conseguirlo. Algo parecía haberla destrozado, haberla aturdido por completo. Tony insistió:

—Vamos, levántese. No le he atizado tan fuerte.

Ella, al fin, se puso en pie y tuvo que apoyarse en una de las paredes del establo para no caer de nuevo.

—¿Qué le ocurre?

—¡Eres el hombre más odioso de la tierra! ¡Te mataré! ¡Juro que te mataré!

—Eso ya lo dijiste antes. La frase de que me vas a matar ya empieza a estar pasada de moda, hermana. Ahora, si quieres vivir muchos años, tienes que hacer dos cosas.

—¿Cuáles? —Ella seguía desafiándole con la mirada.

—Recoger tu petardo y volver otra vez al baile. Habrá docenas de tipos que estarán deseando besuquearte la cara. Vamos, lárgate.

Ella no se movió.

—Ningún hombre me ha besuqueado —dijo rencorosamente.

—Excepto Dale Burton, claro.

—Éste es un caso aparte.

—Lo supongo. Y ahora, hada buena, recoge tu pistola de hacer milagros y vuelve a la fiesta. A lo mejor encuentras allí algún príncipe azul que sustituya a ese príncipe negro llamado Dale Burton.

Los dientes de la mujer entrechocaron cuando respondió:

—Nadie podrá sustituirle.

—Mejor para ti. Trata de olvidarlo y diviértete. Al fin y al cabo no tienes edad para otra cosa.

Fue en ese momento cuando en los ojos de Norma Sheridan asomaron dos lágrimas. Tony se sorprendió, al verías, porque no eran lágrimas de odio, sino de dolor y desesperación. Algo le sucedía a la muchacha que le afectaba más aún que la muerte de Dale, algo que destrozaba su vida, que quizá no confesase nunca. Fue Tony el que tuvo que preguntar:

—¿Qué te ocurre?

—¿Te parece poco no haber podido matarte?

—No es eso. En ese preciso segundo tú no pensabas en matarme, pensabas en algo mucho más importante, algo que puede transformar tu vida.

Ella torció los labios en una mueca para suplicar:

—¡Calla!

—Callaré, si ése es tu deseo. Pero vuelve a la fiesta y trata de olvidar a Dale Burton, al fin y al cabo no te merecía.

—¿Cómo quieres que trate de olvidarlo?

Sus ojos estaban ahora anegados en lágrimas, sus labios doblados en una mueca de dolor. Trató de alejarse y algo falló en ella, algo que la hizo dar un traspié y la obligó a apoyarse de nuevo en una de las paredes del establo. Los caballos olfateaban el aire, inquietos. Tony preguntó:

—Pero en nombre de todos los demonios, ¿qué te pasa?

Fue entonces cuando ella confesó aquella cosa increíble:

—Voy a tener un hijo.

Tony Lorens, llevado de un impulso que no sabía definir, dominado por una extraña sensación que embrujaba sus sentidos, se encontró de repente junto a la mujer, zarandeándola. La cabeza de ella oscilaba de un lado a otro. La muchacha tenía los ojos cerrados. Sus labios volvían a palpitar.

—¡Tú, sinvergüenza…!

Ella abrió los ojos y musitó:

—Un hijo de Dale Burton.

—¿Pero te das cuenta, loca? ¿Tan bajo has llegado a caer? ¿Tan poco vales que has sido presa fácil para un canalla como Dale Burton?

Ella se desasió violentamente, luchando como una tigresa, y a un paso de distancia de Tony, le miró con ojos llameantes y los puños cerrados, como si estuviese dispuesta a luchar hasta el fin para defender su honor de mujer.

—¿Qué te has creído? —musitó.

—Sólo creo que has tenido que, caer muy hasta el fondo para pertenecer a un tipo como Dale. Y ya es bastante.

—He llegado a pertenecerle legítimamente. Ante Dios y ante los hombres. Del único modo que puede entregarse una mujer decente.

El asombro hizo abrir la boca de Tony Lorens.

—¿Qué quieres decir?

—Yo era la esposa de Dale Burton. Nos casamos en secreto hace un año. En Nuevo México. Podrías comprobar eso si encontrases a un sacerdote llamado Lucas Ramírez en Santa Fe. Lo que te digo es cierto.

—No lo pongo en duda —dijo Tony, sintiendo que un sabor amargo empezaba a llenar su boca.

—Soy una mujer honrada, una mujer que hizo las cosas sin cometer ninguna clase de pecado. La esposa de Dale Burton. Su única y legítima esposa.

—Es muy difícil ser honrada y ser la esposa de un buitre como aquél.

—No le insultes; está muerto.

—He dicho sólo la verdad, y lamento que esta verdad no pueda ser de otra manera. En fin, perdóname; comprendo que no debí haberlo dicho. ¿Aseguras que hace un año que estabais casados?

—Justamente un año.

—¿Cómo pudo suceder una cosa así? Tú eres la hija de un multimillonario, y él… Bueno, ya sabes lo que era él.

—Lo vi una vez en un rodeo y me enamoré de él como una loca. Para esas cosas no hay que pedir explicaciones. Yo sólo sabía que estaba enamorada y que me habría casado con él aun siendo el hombre más miserable del mundo. Pero Dale no lo era; tenía también sus momentos nobles, tenía un corazón que aún podía salvarse. Tú lo sabes porque salvó a tu hermano. Te resistías a matarlo pensando que aún podía cambiar.

—Es cierto —reconoció Tony en voz baja.

—¿Y después de haber pensado eso aún me acusas a mí de haber creído lo mismo? Yo estaba segura de que Dale cambiaría, de que sería otro hombre. Me lo había prometido, me lo había jurado por lo más santo. Esperaba ilusionada el día en que eso fuese cierto para poder presentarlo a mis padres, para poder ser ante todo el mundo la esposa que ya había sido ante el altar. ¡Y ahora eso es imposible! ¡Nunca podré presentarme como la mujer de Dale Burton, pero en cambio llevo su hijo en mis entrañas! ¡Un hijo suyo!

Tony sintió que tenía la boca seca. Nunca había vivido una situación así y nunca volvería a vivirla. En sus treinta años de vida se había enfrentado a muchos pistoleros rabiosos, a muchos hombres desesperados que defendían como lobos su vida, pero jamás se había enfrentado a una mujer sola y llorosa, a una mujer que únicamente pedía piedad para su hijo. Aquella sensación amarga que ya llenaba el espíritu de Tony Lorens se hizo insoportable. Por primera vez en su vida tuvo la sensación de ser un

asesino, un hombre que tendría que responder de cada bala disparada por su revólver. El, sólo él, había matado a Dale Burton. ¡Si hubiese sospechado que con ello destruía la vida de una mujer y de un futuro ser humano…! Pero ya era tarde para lamentarlo. En el fondo de su conciencia, algo le decía a Tony que no sería un hombre si no reparaba de algún modo el mal causado, al fin y al cabo, aquella muchacha de veintidós años, aquel niño que iba a nacer, eran dos inocentes.

Con voz insegura preguntó:

—¿Hace mucho que sabes… eso?

—Varios días. Fui a un médico que me conoce desde niña. El me prometió guardar el secreto y me aseguró que eran ciertas mis sospechas. Dentro de unos meses, no podré ocultarlo a nadie.

Ahora la mujer ya no le odiaba, ya le hablaba casi como al único amigo que tuviera sobre la tierra. En realidad se estaba confesando a él. Con aquellas palabras dichas al hombre al que había querido matar se había descargado de toda la pesadumbre, de todo el dolor espantoso y lacerante de su secreto. Más que nunca, Tony Lorens sintió compasión de ella. Más que nunca lamentó ser un pistolero al que el Gobierno pagaba para que matase hasta que alguien le matase a él.

Pero aún podía hacer algo, aún podía ser un hombre dueño de un corazón antes de ser dueño de un revólver. Sabiendo perfectamente lo que hacía, sabiendo que aquello variaba toda su vida y todo su destino, murmuró:

—Norma…, ¿quieres casarte conmigo?

CAPÍTULO IV

LOS BUITRES EN CARSON CITY

Tony Lorens dejó un puñado de dólares sobre la barra y pidió:

—Convierta eso en *whisky*. No se asuste, deme bebida por el valor de todos estos dólares.

El dueño del saloon murmuró:

—¿A estas horas? Son las doce de la noche.

—El mejor momento para beber.

—Pero usted viene de la fiesta de Sheridan. Ha debido beber algo allí. Acepte un consejo, amigo, Por este dinero le he de dar botella y media. Sí se la bebe reventará.

—En la fiesta de Sheridan no he probado ni una gota. Puede servir tranquilamente la botella y media Si reviento no se perderá demasiado.

—Como quiera, amigo, pero yo ya le he advertido antes.

Tony sabía que no iba a reventar. Había vivido entre los peores bebedores de la frontera, y la apuesta de botella y media no eran cosa nueva para él. Cierto que no contribuirían a la buena salud, pero Tony estaba seguro de que si no se bebía aquello no podría dormir en toda la noche.

En sus ojos aún latía la muda sorpresa de Norma cuando él le preguntó si deseaba casarse. Aún creía estar viendo aquellos labios temblorosos que no habían sabido darle una respuesta. Inmediatamente, después de las palabras del joven, habían oído el rumor de voces de algunos invitados que salían al jardín, y Tony había aconsejado a la muchacha:

—Vete. No es conveniente que te encuentren aquí.

Luego, Tony, había marchado de la casa sin cambiar una sola palabra con nadie, y ahora estaba aquí, en el mismo saloon donde unas horas antes dio muerte a Dale Burton, ante una botella de licor y pensando en aquel problema que el destino le había planteado, un problema que tenía que afrontar si quería seguir considerándose un hombre.

Ante el asombro de los asistentes, bebió sin pestañear la botella y media, y luego, con paso poco seguro, salió del local y se dirigió al hotel donde ya tenía reservada una habitación. Antes tuvo que pasar por la oficina del *sheriff*. El representante de la ley, a pesar de lo avanzado de la noche, estaba clavando algo junto a la puerta del edificio.

Tony se detuvo a mirarlo. Era un pasquín en el que se reproducía la cabeza de un hombre con una cifra debajo: Dos mil quinientos dólares.

El *sheriff* se volvió al verle y comentó:

—Buena recompensa, ¿eh?

Tony Lorens miró el nombre que había escrito junto aquella cifra: Mike Galerno. Después de Dale Burton, la peor pieza que corría al oeste de las Rocosas.

—Tratándose de un tipo así, no es muy elevada.

—Quizá tenga razón. Muchos hombres han intentado capturarle y ahora están cantando salmos desde el fondo de su sepultura. Quizá no valga la pena arriesgar de ese modo la vida por dos mil quinientos dólares.

—¿Por qué pone ahora ese pasquín, *sheriff*? ¿Es que alguien acaba de ofrecer esta recompensa?

—No. Es la suma que ofrecen en Colorado. Pero ahora han enviado a esta zona una remesa de pasquines porque dicen que Mike Galerno se dirige hacia aquí.

—Es extraño. Mike trabajaba siempre en Colorado. Los Bancos y las diligencias se le daban bien por aquella tierra.

—Eso es cierto, pero últimamente parecía ser que Mike se había asociado con Dale Burton. Ahora viene a Nevada a reunirse con él, seguramente para algún golpe de mucha importancia. ¿Se imagina lo que ocurrirá cuando se entere de que su socio está muerto?

Tony se echó ligeramente el sombrero hacia atrás, sobre la nuca.

—Sí, que buscará al hombre que lo mató.

El *sheriff* terminó de clavar el pasquín. Al martillear sobre los clavos, parecía como si estuviese claveteando un ataúd.

—Viene con doce hombres, señor Lorens —dijo sin volver la cabeza.

—¿Usted cree que me pagará un entierro de cincuenta dólares?

—Puede. Mike Galento es muy generoso. Cierta vez, en un Banco de Denver mató a ocho empleados y dejó dinero para ocho entierros. Creo que usted le saldrá mucho más barato, señor Lorens.

Tony volvió a colocarse el sombrero sobre los Ojos y dijo:

—Buenas noches, *sheriff*.

Unos minutos después estaba en su habitación y se tumbaba vestido sobre el lecho. El sueño le iba venciendo, Por primera vez en su vida, se alegraba de haber bebido.

A la mañana siguiente, cuando Tony estaba arreglándose para salir a la calle, llamaron a su puerta.

Abrió. Era un muchacho rubio, al que recordaba haber visto de pasada en la oficina de Telégrafos de la ciudad.

—Un telegrama para usted, señor Lorens.

—¿Un telegrama? ¿De dónde viene?

Había pensado que sería alguna orden de sus superiores desde Washington, pero el muchacho, tras mirar los datos, le indicó:

—Viene de Dallas, señor.

—Está bien, dámelo. Gracias.

Dio una propina al muchacho y desdobló el telegrama. Su contenido era una sencilla línea:

> «Tío Foster nombrado juez Carson City. Salimos inmediatamente medio más rápido. Deseo mucho verte».

Tony arrugó el telegrama sin darse cuenta y lo dejó caer hecho una bola en la papelera de cuero que había junto a la mesa. De modo que Iris, su prometida, venía a Carson City, De modo que pensaba quedarse allí, puesto que a tío Foster, su tutor, acababan de nombrarle juez de la ciudad. De modo que tendría que explicarle muy pronto que no era con ella con quien pensaba casarse, sino con otra mujer a quien apenas conocía.

Tony se llevó una mano a la frente y cerró los ojos. Mil pensamientos le quemaban dentro del cráneo. Jamás había vivido una situación así. Mil veces hubiera deseado no tener que vivirla.

Se disponía ya a salir cuando llamaron otra vez a la puerta.

—¿Pero qué es esto? —se preguntó a sí mismo—. ¿Es que todo el mundo tiene interés en verme hoy?

Abrió de nuevo. Esta vez no era el muchacho de Telégrafos, sino un tipo vestido de negro al que recordaba, haber visto en la fiesta de los Sheridan, atendiendo a los invitados. Seguramente era el mayordomo de la casa.

—Perdone que le moleste, señor —dijo educadamente el vestido de negro—. Traigo una invitación de la señorita Norma.

—¿Una invitación? ¿A estas horas? ¿Pero qué clase de fiesta se le ha ocurrido dar?

—No se trata de una fiesta, señor, sino de unos funerales.

—Exacto, señor. Ignoro por quién se celebran, pero la señorita Norma asistirá a elfos. Y tiene un gran interés en que vaya usted también. Tendrán lugar dentro de media hora, en la capilla de la ciudad.

Tony Lorens intentó dibujar con sus labios una sonrisa cortés.

—Está bien, puede decirle que iré.

Media hora más tarde, Tony Lorens se quitaba el sombrero para entrar en la capilla del pueblo. No había allí más personas que el sacerdote oficiante y Norma Sheridan, tras la que estaban dos tipos altos como gigantes, vestidos de vaqueros, y que no parecían tener ninguna relación con ella.

Tony se situó al lado de la mujer y preguntó en voz muy baja:

—¿Por quién son estos funerales?

—¿Y aún lo preguntas? —Había una sonrisa amarga y a la vez desafiante en los labios de la mujer—. ¿Tan pronto te has olvidado de que ayer mismo mataste a un hombre?

—No lo he olvidado, ni será fácil que lo olvide, pero no creí que una millonaria como tú se atreviera a organizar unos funerales por un pistolero, poniendo así de manifiesto que tenía alguna relación con él. Tus sentimientos son muy caritativos, pero me temo que estás cometiendo una imprudencia.

—Sólo el sacerdote oficiante sabe por quién son los funerales, y es seguro que no lo irá diciendo por ahí. Pero he tenido un interés

especial en celebrarlos y en hacer que vinieras a ellos para demostrarte que no he olvidado a Dale Burton.

—Lo doy por supuesto.

Hablaban los dos en voz MUY baja, y Tony sentía que las miradas de los dos gigantes, situados tras él, estaban clavadas en su nuca.

—No lo he olvidado ni renuncio a ajustar las cuentas al hombre que lo mató —insistió ella.

—Me parece un lugar poco adecuado para hablar de deseos de venganza, Norma. Creo que en cualquier otro momento podemos hablar de eso.

—Después de esta ceremonia marcho con mi padre a hacer un recorrido por nuestros ranchos de las cercanías. No volveremos hasta pasado mañana, y entonces será el momento de hablar de eso…, si no se me ha anticipado alguien.

Con la cabeza señaló a los dos hombres que estaban tras ella.

—Son pistoleros de la banda de Dale —susurró—. Se han enterado de su muerte y buscan la ocasión de hablar conmigo. Luego tendrás que entendértelas con ellos, Tony Lorens. Con ellos y con varios más. Éstos son sólo los primeros que llegan.

Tony, con el rabillo del ojo, los miró. Ahora, fijándose bien en ellos, creía reconocerlos. Uno era Luke Stirling, con la cabeza puesta a precio por varios delitos federales. El otro se llamaba Charlie, o algo así. Tony no lo recordaba bien. Pero sin duda se trataba de dos pistoleros capaces de sembrar el terror en una ciudad entera, y de terminar con un hombre, aunque este hombre supiese manejar el revólver de la forma que él no hacía. Sólo con cierto recelo siguió dándoles la espalda. Aquellos dos tipos eran muy capaces de acribillarle a uno a traición aunque fuese dentro de una iglesia. Pero ni Luke ni Charlie hicieron el menor movimiento sospechoso mientras duró el funeral. Al parecer, querían hablar primero con Norma.

Cuando la ceremonia estuvo concluida, los cuatro se dirigieron juntos hacia la puerta exterior, pero no salieron al mismo tiempo. Norma lo hizo en primer lugar, después de decir a Tony:

—No lo olvides. Dentro de dos días estaré de nuevo en Carson City. Entonces podremos hablar…, si todavía continúas con vida.

La muchacha se alejó, y Tony Lorens salió tras ella, lentamente,

del porche de la capilla. Oía a sus espaldas el rumor cantarino de las espuelas de los otros dos. No iban detrás de la muchacha, sino detrás suyo, O querían saber dónde se alojaba o querían matarle allí mismo.

Le fueron siguiendo hasta el centro de la calle. El sol de la mañana empezaba a arrancar sombras definidas a todos los objetos, a todos los contornos. El rumor cantarino de las espuelas cesó. Tony Lorens se detuvo. Debía estar a unos nueve pasos de sus enemigos. Casi podía oír su respiración. El sol le daba en la espalda. Sabía que al volverse sus rayos le darían en la cara, en los ojos, impidiéndole ver.

Todos los que circulaban a aquella hora por la calle principal de Carson City, empezaron a replegarse hacia los porches. Fue un movimiento general y silencioso, pero Tony lo advirtió tan claramente como si junto a él hubiera pasado una manada de caballos salvajes al galope.

Fue Luke el que le ordenó:

—¡Vuélvete, Lorens!

Tony sabía que cuando le habían advertido aquello sus dos enemigos tenían ya desenfundados sus revólveres.

CAPÍTULO V

UN HOMBRE EN LA TRAMPA

Tony dijo solamente:

—Podríais matarme sin tantas ceremonias.

—¿Es que sabes ya que queremos hacerte pupa, cariño?

Era la voz de Charlie. Charlie tenía la voz burlona, suave e hiriente cuando quería. Tony sintió como una sacudida en los nervios y pensó que primero lo mataría a él. Primero Charlie, aun cuando no volviese a disparar nunca más.

Buscó con los ojos un lugar donde guarecerse y no lo encontró. Sus enemigos habían elegido bien el sitio.

—¿Fuiste tú quien mató a Dale Burton? —Ahora era Luke Stirling el que le preguntaba.

—Sí, yo fui.

Los dos martillos produjeron un «clic» suavísimo al alzarse. Tony Lorens comprendió que iban a disparar enseguida, que su vida duraría tan sólo unas décimas de segundo, si no realizaba una especie de milagro. Sus dientes produjeron un chasquido y todos sus músculos se tensaron cuando saltó como un loco, de espaldas, hacia un costado y en dirección a sus enemigos, desplazándose inmediatamente del lugar que antes ocupaba. Fue todo tan rápido, tan instantáneo como una pesadilla que no está sujeta a límites de espacio ni de tiempo. Charlie y Luke dispararon a mansalva, fríamente, contra su enemigo, que se estuvo quieto hasta el instante en que ellos empezaron a apretar los gatillos. Luego todo sucedió tan rápidamente que perdieron el control de sus nervios y ya no fueron dueños de sus actos. Ninguno de los dos pistoleros había

visto jamás una cosa así.

Cuando un hombre va a ser asesinado como iba a serio Tony, lo más lógico que se le ocurre hacer es echar a correr locamente, tratando de alejarse, o volverse para ver la cara a sus enemigos. Charlie y Luke esperaban algo así, y sus revólveres estaban prestos. Pero Tony no hizo nada de eso, sino que por el contrario se desplazó como un ciclón para aproximarse a ellos. Las balas se perdieron en el vacío, y los dos pistoleros rectificaron inmediatamente.

Girando sobre las puntas de sus pies, Tony se encaró a sus enemigos mientras «sacaba» con una velocidad alucinante. La próxima bala de Luke le alcanzó en una pierna, pero él ya había tenido tiempo de disparar. Hizo fuego dos veces y las dos balas entraron aullando como perros hambrientos en el cráneo de sus enemigos.

Ninguno de los dos pudo disparar de nuevo. Se encogieron de repente, parecieron disminuir de tamaño en fracciones de segundo y cayeron pesadamente a tierra.

Tony Lorens, con el revólver todavía humeante en la derecha, cayó también.

La calle se animó inmediatamente. Todos los que se habían refugiado en los porches salieron de ellos, como guiados por un sentimiento colectivo de admiración, y el mismo *sheriff* se aproximó corriendo, a los caídos. Fue él quien ayudó a incorporarse a Tony Lorens.

—Se ha confiado usted demasiado, amigo. No sé por qué diablos se le ocurrió dar la espalda a esos tipos. Era igual que acostarse con una serpiente venenosa.

—No creí que fueran a atacarme tan pronto, y además no deseaba provocarles. Quería dar a entender bien claramente que no tenía nada contra ellos. Si se han buscado la muerte yo no tengo la culpa.

—Usted se la ha buscado más que ellos, señor Lorens —dijo el *sheriff*—. Jamás he visto un animal tan grande como usted, y perdone la franqueza. Han estado a punto de asesinarle sin concederle la menor oportunidad. ¿Duele la herida?

—No mucho. Todavía está caliente.

Sin enfundar aún su revólver, Tony miró al representante de la

ley.

—¿Por qué no intervino antes, *sheriff*, si vio lo que ocurría?

—El de la estrella miró confundido, al suelo. Dar una respuesta a aquella pregunta tan directa debía ser muy penoso para él.

—Comprendo —dijo Tony, evitando mirarle—. Usted piensa que yo me marcharé y que los hombres que quedan vivos de la banda de Dale Burton, volverán a ser dueños de todo esto. Piensa que le interesa conservar para entonces la estrella y la vida, ¿no es así, *sheriff*?

—Señor Lorens, yo…

—No se preocupe. Por mí puede seguir pensando en eso.

En aquel momento un hermoso carruaje tirado por dos caballos, pasó a moderada velocidad por el centro de la calle. Los animales se encabritaron un poco al ver los cadáveres, y el *sheriff* y Tony tuvieron que apartarse para dejar el paso libre. En aquel carruaje iban Norma Sheridan y su padre, acompañados por un sirviente. La muchacha vio a los dos muertos y el revólver humeante en la mano de Tony Lorens. Una luz de desesperación se aposentó en sus ojos.

Tony guardó su revólver y la miró sólo un instante. Luego dijo al *sheriff*:

—Acompáñeme a algún médico que pueda curarme esto.

—Hay uno aquí mismo. ¿Ha visto qué mirada más extraña nos ha dirigido la señorita Sheridan? No deben gustarle los muertos.

—Según qué muertos —recalcó Tony—. Vamos, acompáñeme.

Durante dos días nada ocurrió en Carson City, excepto lo normal. Lo normal quería decir que se cometieron siete asesinatos, que hubo más de ochenta robos y que fueron raptadas tres doncellas. Eso, sin contar las amenazas, las peleas, y las minas que se registraban con nombre falso, era cosa habitual en la ciudad, cosas que no llamaban demasiado la atención a nadie.

Lo que verdaderamente inquietaba a los habitantes de Carson City, era que pudiese aparecer de repente por la ciudad toda la banda de Dale Burton, ahora mandada por Mike Galento. Pero como se ha dicho, en los dos días que siguieron a la muerte de Charlie y de Luke, nada de esto sucedió.

Tony Lorens estuvo esas cuarenta y ocho horas hospitalizado en casa de un médico que le extrajo la bala y le vendó cuidadosamente la pierna. Después de la prolongada inmovilidad, dijo a Tony que si

lo deseaba podía regresar a su hotel.

—Pero tenga mucho cuidado. Nada de movimientos bruscos ni de galopadas. Aunque la herida era sólo superficial, sus músculos están resentidos.

—No me moveré de mí hotel, se lo prometo.

—Una pregunta, señor Lorens.

—Hágala.

—¿Está usted esperando a alguien?

—Sí, estoy esperando a dos mujeres y a un hombre. A las mujeres las necesito para casarme con las dos, porque según parece no va a quedar otro remedio. Y al hombre, que por cierto se llama Mike Galento, lo necesito para que lo arregle todo clavándome una bala entre los ojos. Buenos días, doctor.

Cuando Tony salió de casa del médico, el sol estaba acercándose a su punto más alto y hacía una hermosa mañana. La calle principal de Carson City estaba tan tranquila como si aquélla fuese una ciudad honrada y no una tierra del diablo. Caminando lentamente, Tony se dirigía ya hacia su hotel cuando una voz le detuvo.

—¿Me has recordado mucho durante estos dos días?

Tony se volvió. La mujer que le hablaba lo hacía desde un elegante carruaje tirado por dos caballos, y le miraba con una expresión tan claramente burlona que Tony sintió deseos de abofetearla o de besarla en la boca. Cualquiera de las dos cosas hubiera dejado un buen recuerdo en la mujer. Pero se contuvo.

—¿Ya estás de vuelta, Norma?

—En efecto. Te dije que sólo estaría dos días ausente de Carson City.

—Lo celebro. Yo… Bueno, yo ya hablé con aquellos dos amigos tuyos.

Las facciones de la muchacha se ensombrecieron cuando dijo:

—Lo vi con mis propios ojos. Tienes un modo de hablar que encanta, cariño. A ellos debió de gustarles mucho.

—Pregúntaselo.

—No me complacen tus bromas, Tony. Si crees que conmigo te será tan fácil jugar como con todo el mundo, estás equivocado. ¿Por qué no subes?

El aceptó la invitación. Después de todo, no era cosa mala ir en un calesín de lujo y acompañado por la muchacha más bonita de la

ciudad. Tomó él las riendas y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A las afueras de la ciudad.

—¿No tienes miedo?

—Sería muy extraño que la mujer que ha estado casada con Dale Burton tuviera miedo de Tony Lorens.

—Tony Lorens es el hombre que lo mató.

—Y al cual voy a matar yo, cariño.

—¿Todavía insistes en la misma idea?

—No la he abandonado ni un solo minuto.

Iban a una moderada velocidad y se estaban alejando ya del núcleo más habitado de la población. Tony se volvió hacia la mujer y la miró a los ojos. Unas de sus manos, fuertes y duras, apresó la izquierda de la joven.

—¿Pero no te das cuenta? Di a Dale Burton una oportunidad para vivir y no supo aprovecharla. También se la di a los otros dos hombres e intentaron asesinarme por la espalda. Tú eres la última persona a la que doy una oportunidad, Norma. Quiero salvarte, ¿lo entiendes? ¡Quiero salvarte! No es fácil para mí ofrecerte lo que te he ofrecido, pero lo haré con tal de que sigas siendo una mujer honrada.

La expresión de ella se dulcificó, pero fue solo un instante.

—¿De veras te casarás conmigo, Tony?

—Sí, y cuanto antes. Interesa que pueda parecer que ese hijo que va a nacer es mío.

—Tu sacrificio no es pequeño, Tony.

—No es ningún sacrificio; si no pude hacer que Dale conservara la vida, intentaré al menos que tú puedas conservar tu honor.

Pero ella era todavía su enemiga. Ella todavía le insultó:

—¿No será más cierto que haces esto para que no te mate? Al casarte conmigo defiendes tu vida…

—Podría hacerte un hermoso regalo de bodas —dijo salvajemente él—. Las cabezas de Mike Galento y de toda su cuadrilla Ese es el maldito miedo que tengo a morir. Pero lamentaría que el hijo de Dale naciera Con esa herencia de sangre.

Estaban ya en las afueras de la población, pero todavía se encontraban en lugar público, donde podía verles cualquiera. En realidad eran muchas las personas que estaban mirando en aquellos

momentos, Norma Sheridan inclinó la cabeza hacia él y dijo:

—Es necesario que la gente no se sorprenda demasiado cuando nos casemos. Tiene que haber algún indicio de que nos queremos ya.

Acercó un poco más la cabeza y dijo:

—Bésame.

El la besó, sujetando las riendas con una sola mano y pasando la otra por el talle de la mujer. Y en aquel preciso momento una voz, muy cerca de ellos, susurró:

—Felicidades, Tony.

El joven soltó lentamente a Norma. Giró la cabeza, mientras aún sentía el intenso perfume de la mujer, y en ese momento, en un carruaje detenido a un par de metros del suyo, vio a iris, la muchacha con quien había prometido casarse dos meses más tarde.

Iris iba vestida enteramente de blanco, y sus cabellos rubios, algo cortos, iban recogidos con un gran lazo. Tony Lorens, que no la había visto desde bastante tiempo atrás, sintió como un estremecimiento al pensar en lo hermosa que era, pero este sentimiento más bien placentero —pues a todos nos gusta admirar a todas las mujeres hermosas— se vio sustituido inmediatamente por la vergüenza y la confusión. Dos mujeres con las que había prometido casarse estaban allí, una junto a él y la otra frente a sus ojos. A una acababa de besarla, y la otra la había besado ya docenas de veces. A Norma le unía un deber escrito con sangre, un desesperado deseo de salvar su honor y el del hijo inocente; a Iris le unía el amor y la promesa que un día le hizo. Ahora estaban las dos allí. Ahora había llegado el momento de aclarar definitivamente las cosas.

Tony intentó mantenerse sereno y dijo:

—Qué sorpresa, Iris. No te esperaba tan pronto.

—He llegado esta misma mañana.

—Pero no en este carruaje tan ligero. Es imposible.

—Tío Foster y yo hemos llegado en la primera diligencia. Creíamos que estarías esperándonos, pero enseguida se han visto defraudadas mis esperanzas. Como en ninguna parte podían indicarme tu paradero, he tenido que salir por si lograba encontrarte. Celebro haberlo conseguido, Tony. Veo…, veo que en Carson City has sabido convertirte muy pronto en dueño de la

situación.

La muchacha hablaba con una gran serenidad, pero se advertía que estaban a punto de brotar las lágrimas a sus ojos. Como Tony no contestara y en un esfuerzo desesperado por salvar su felicidad, Iris preguntó:

—¿No me das ninguna explicación, Tony? Estoy dispuesta a escucharte, estoy dispuesta a perdonarte incluso si sabes inventar una mentira que me convenza. Pero di algo, Tony, por Dios; di algo. ¿Es posible que no tengas ninguna explicación?

—No hay ninguna explicación para esto, Iris.

—En tal caso… Bien, en tal caso, creo que es mejor no molestarte más, Tony. Seguramente tú tendrás cosas muy importantes que hacer. Nos hospedamos en el hotel Pacific, por si quieres saludar a tío Foster. Buenos días, Tony. Buenos días…, señorita.

Tiró suavemente de las riendas, y el caballo que arrastraba su calesín, se puso en movimiento alegremente. Tony habría jurado que en los ojos de Iris había lágrimas cuando se separó de ellos. Quiso tragar saliva y no pudo. Tenía la boca espantosamente seca. La voz de Norma preguntó:

—¿Tu prometida?

—SÍ.

—¿Muy enamorados?

—Íbamos a casarnos dentro de dos meses.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Pues sí, estábamos muy enamorados. Es la única mujer qué he querido en mi vida.

El tono de la voz del hombre era un poco seco y cortante, pero sin que hubiera en él la menor brusquedad. Norma entrecerró los ojos y susurró:

—¿Y ahora vas a casarte conmigo?

—Creo que tengo ese deber.

—Un deber, ¿eh? ¿Sin amarme?

Tony Lorens no contestó. Tenía los labios apretados y sus ojos parecían no querer mirar a ninguna parte. Norma Sheridan, con la mirada llameante, musitó:

—No estoy acostumbrada a ser indiferente a los hombres, Tony. Por eso te juro que dentro de muy poco tiempo me amarás

intensamente… o me odiarás con todas las fuerzas de tu alma.

Aquella noche, después de estar varias horas encerrado en su habitación del hotel, Tony Lorens se encaminó a la oficina del *sheriff*.

Durante el camino notó que había menos animación en las calles, pero atribuyó eso al mal tiempo, pues el cielo estaba nublado, y no prestó a tal circunstancia demasiada atención.

Al llegar a la oficina del representante de la ley, Tony tuvo sin embargo, una violenta sorpresa. El *sheriff* tenía su caballo a la puerta y estaba preparando lo más indispensable en unas grandes bolsas que podían atarse a la silla.

Tony, desde la entrada, murmuró:

—¿De viaje, *sheriff*?

—Pues sí, ya que usted lo dice. Sé que esto no va a gustarle, señor Lorens, pero me marcho de la ciudad.

—¿Por qué no ha de gustarme? Yo soy un simple ciudadano particular.

—Es usted un federal, un pistolero del Gobierno. No se quedará con los brazos cruzados cuando los hombres de Mike Galento entren en la ciudad.

—¿Se va por eso, *sheriff*?

El de la estrella se encogió de hombros con abatimiento.

—Sí, me marcho por eso. No soy ningún héroe, aunque me hayan encargado de la defensa de la ley en la ciudad, y la verdad, lo único que me interesa ahora es seguir viviendo. Hay muchas ciudades más hermosas que Carson City en otros lugares del Oeste, y si me quedo en este maldito cementerio, es seguro que no las veré. Le aconsejo que piense lo mismo que yo, señor Lorens.

—Yo pienso lo mismo que usted…, pero voy a quedarme.

—Sabe que esos tipos vienen para vengar a Dale Burton. Sabe que le buscarán a usted, Lorens, le acorralarán y le matarán como a un perro.

Como si hubiese pronunciado una sentencia de muerte, el *sheriff* cargó con las bolsas y se dirigió hacia su caballo. Tony le detuvo con un suave gesto cuando llegó a la altura de la puerta.

—Querría pedirle un último favor, *sheriff*.

—Mientras no me diga que me quede, le daré lo que sea.

—La ciudad no puede permanecer sin una representación de la

ley, aunque sea simbólica.

—Lo sé, pero yo tampoco puedo quedarme sin piel.

—En tal caso présteme su estrella.

—¿Está loco? ¿Que… le preste mi estrella?

—Usted no va a usarla, y yo, como le he dicho, soy en cierto modo un simple ciudadano de Carson City. Si esos hombres me buscan a mí, necesito algo que me de autoridad para buscarles a ellos.

—¿Pero piensa pelear?

—Quiero saber si mi revólver es capaz de eso. Antes de que me asen vivo, quiero saber si mi revólver es capaz de defender una ciudad entera.

El *sheriff*, con un encogimiento de hombros, se desprendió de la estrella y la puso en la palma abierta de la derecha de Tony.

—Si ése es su capricho, aquí la tiene. Dudo que yo vuelva a reclamarla. Buen provecho, señor Lorens.

—Gracias por la atención.

El *sheriff* montó a caballo y se alejó al trote en dirección a la salida de la ciudad, mientras Tony Lorens se prendía la estrella en el pecho y tomaba posesión de la pequeña oficina, donde nada tenía que hacer salvo esperar la muerte.

En las celdas no había un solo detenido, porque seguramente, poco antes, se les puso en libertad. Tony buscó la lista de los alguaciles y ayudantes que le correspondían y se halló con la sorpresa de que «casualmente» todos habían pedido aquella misma tarde que se les destinara a perseguir fugitivos en los límites del condado. Era seguro que ninguno de ellos volvería a la ciudad hasta que por allí hubiera pasado la tropa de Mike Galento.

¿Sería éste tan terrible y sanguinario como aseguraban? ¿Sería Mike Galento en realidad una fiera con figura humana?

Fue en ese momento cuando en la puerta de la oficina resonó una voz:

—Buenas noches, amigo.

Tony se volvió para allí. La figura de un hombre estaba dibujada en el umbral de la puerta, a punto de entrar. Aquel hombre dijo:

—Mike Galento le saluda.

El hombre que estaba en la puerta era fuerte y sano, como todos los hombres que están acostumbrados a vivir al aire libre, pero no

resultaba ningún ejemplar del otro mundo. Más bien debía pasar desapercibido allí por donde fuera, ya que no daba sensación de demasiada potencia.

Además, aquel hombre llevaba en cabestrillo el brazo derecho. No podía desafiarse con él.

Tony, de una manera instintiva, se fijó en si llevaba revólver en aquel lado, pero vio la funda vacía. Aquel hombre debía estar herido de verdad, y tal como aparecía ante él era un ser completamente inofensivo. Tony no había oído decir nunca que Mike Galento fuera zurdo.

—Buenas noches, amigo —repitió el recién llegado.

—Si no fuera por haber visto tu rostro en los pasquines docenas de veces no diría nunca que tú eres Mike Galento.

—¿Por qué?

—Tienes aspecto de hombre inofensivo. No comprendo cómo te has presentado aquí.

—Es que ardía en deseos de verte, Tony Lorens, y no podía seguir por más tiempo con mi impaciencia. ¿Fuiste tú quien mató a Dale Burton?

—Sí, yo fui. Y ya estoy harto de que me hagan esta misma pregunta. Alguien tenía que matarle, ¿no?

—Celebro que hayas sido tú. Dale guardaba un hermoso botín que ahora será prácticamente para mí solo. Chócala, amigo.

Le tendía la mano izquierda, que Tony no estrechó.

—Éste es mal sitio para hablar —dijo Mike Galento sin ofenderse —. Podemos ir a cualquier saloon. ¿No te parece? La gente se derretirá de gusto al vernos juntos. Supongo que querrás echarnos de la ciudad.

—Estáis reclamados en ella. Sí os expulso, os hago un favor.

—De eso quiero que hablemos, Tony. No soy tan mal tipo como parezco. ¿Quieres que vayamos a un saloon?

El joven se encogió de hombros. Razonablemente no tenía motivos para negarse. Lo que tuviera que suceder, lo mismo podía pasar allí que en otro sitio.

—Vamos —decidió.

Pero se había equivocado. Había caído en la trampa como un niño. En la calle podían suceder cosas que dentro de su oficina de *sheriff* no sucederían nunca. Lo comprendió cuando pasó junto a

Mike y éste dijo:

—¡He conseguido que no te hicieras fuerte aquí! ¡Habría perdido media docena de hombres papa sacarte a la fuerza!

El joven estaba ya en la puerta de aquel edificio de piedra, un edificio que ofrecía magníficas posibilidades para la defensa, y demasiado tarde comprendió su error. Desde el porche, más de diez revólveres le encañonaban directamente.

—Suelta tu artillería. No va a servirte de nada.

Tony se desabrochó los cintos. En efecto, no podía resistir. Y el mismo Mike Galento ordenó entonces:

—Atadlo a mi caballo. Quiero ser yo quien lo arrastre por todo Carson City.

CAPÍTULO VI

LA APARECIDA

La banda de Mike Galento debía componerse de más hombres, pero en aquella ocasión, sólo se habían presentado cinco, creyendo que sería bastante. Esto, en cierto modo, era una ofensa para Tony Lorens.

Pero ya era tarde para rectificar. Había cometido la insensatez de creer que Mike Galento estaba solo, y esa clase de equivocaciones solían pagarse con la vida.

La calle principal de Carson City estaba completamente desierta aunque seguramente docenas de ojos escrutaban desde las ventanas. Tony no podía confiar en que nadie le ayudase. Empezó desesperadamente a madurar un plan.

Con una larga cuerda, uno de los pistoleros le amarró al caballo de Mike, que era el más hermoso de los del grupo. Tony pensó que si tenía suerte quizá lograra derribar al jinete. «Tengo que emplear todas mis fuerzas, tengo que tumbarle».

No le importaba morir, pero no se resignaba a perecer sin lucha.

Fue amarrado, y Mike subió calmosamente a su caballo, con grandes dificultades. No podía valerse de su mano derecha. De repente, picó espuelas y puso su caballo al galope. Tony, con una violenta contracción de todos sus músculos, resistió y se mantuvo firme a pesar del salvaje tirón de su montura. Mike no cayó. Clavó espuela nuevamente, y el caballo salió disparado con un relincho. Tony Lorens no pudo resistir esta vez y lanzó un grito de insoportable dolor cuando en ese momento alguien disparó entre las patas del caballo de Mike. El animal se detuvo en seco y el jinete

estuvo a punto de caer. El disparo se repitió. Era de un «Colt» 45. El caballo volvió a encabritarse.

Y entonces una voz ordenó:

—¡Quietos u os abraso!

Tony Lorens ahogó una maldición.

Aquélla era una voz de mujer.

Entre todas las voces de mujer que existían en el mundo, aquélla era la más oportuna, pero también la más extraña porque sin duda su dueña la deformaba. Trataba de que fuera una voz ronca y gutural. Tony Lorens no pudo reconocerla. Tuvo la sensación de que ninguno de sus enemigos la había reconocido tampoco.

A partir de aquel momento, la mujer no habló una sola palabra más. Como Mike no había soltado aún a Tony Lorens, hizo un nuevo disparo y segó limpiamente la cuerda que lo sujetaba. A aquella distancia y tratándose de una cuerda floja, el disparo fue magistral, casi increíble.

A Tony, al sentirse libre, no se le ocurrió más que decir:

—¡Cuerno!

Aunque Mike Galento no se atrevió a hacer nada, quizá porque tenía inútil su mano derecha, no todos sus pistoleros se estuvieron quietos. Uno de ellos fue a sacar sus armas y disparar contra la mujer. Resultó la última cosa que hizo en su vida.

La mujer apretó el gatillo nuevamente, y la bala atravesó aullando el cráneo del pistolero. Éste cayó sin ni siquiera darse cuenta de que moría. Los otros, que ya tenían las manos sobre las culatas, dejaron caer nuevamente las armas en sus fundas.

Toda esta inesperada escena había ocurrido en menos de un minuto. Tony Lorens ni siquiera había tenido tiempo para mirar detenidamente a la mujer.

Mientras se levantaba, haciendo pasar el lazo por encima de su cabeza, la examinó detenidamente al fin.

Y comprobó entonces que de mujer sólo tenía la voz, porque sus vestiduras, sus posturas y sus ademanes eran plenamente de hombre.

Aquella mujer llevaba un traje de vaquero completamente negro, y que no destacaba su figura porque era sumamente ancho para ella. El revólver que empuñaba era un «45», como ya había apreciado Tony, y una máscara negra cubría enteramente su rostro.

Ni tan sólo era posible advertir si la mujer era rubia o morena, porque llevaba los cabellos cuidadosamente recogidos bajo el amplio sombrero Stetson.

Tony tenía interés por saber quién era aquella mujer, cuya voz no había reconocido, pero más interés tenía por recuperar sus revólveres que estaban en el cercano porche. A la mujer no debían quedarle mas de tres balas en el cilindro, y llevaba un solo revólver. De modo que si los pistoleros eran decididos…

Iba ya a rozar sus armas cuando uno de los hombres de Galento, aprovechando que llevaba el Bowie en una funda a la espalda, lo extrajo con un movimiento centelleante e intentó lanzarlo contra el pecho de la mujer. Ésta disparó, pero no a matar, hiriendo tan sólo a su enemigo en el brazo derecho que empuñaba el cuchillo. El pistolero, sin fuerzas para arrojarlo con la precisión suficiente, lanzó un grito y corrió como un loco hacia la mujer. Estaban tan sólo a unos doce pasos y ninguna bala, a menos que fuera al centro del cráneo o del corazón, lograría detenerle. Tony Lorens no pudo intervenir porque apenas le quedó tiempo para extraer una de las armas e impedir que «sacasen» los otros sicarios de Galento. La desconocida tiró otra vez con tal precisión que logró alcanzar la aorta de su enemigo, quien lanzó una bocanada de sangre, pero sin conseguir detenerle. El pistolero llegó junto a ella y, al intentar levantar más el cuchillo, fallaron sus fuerzas y cayó al suelo, muerto. Pero su mano izquierda consiguió rozar el rostro de la mujer y arrancarle la máscara. Fue solo un instante, porque la muchacha se la volvió a colocar inmediatamente, sosteniéndola con la mano izquierda, pero ya todos, y principalmente Tony Lorens, la habían reconocido.

Era Norma Sheridan.

Tony vio su rostro con tanta claridad, y aquellas facciones eran tan inconfundibles, que no le cupo ninguna clase de duda. Su asombro fue tan grande, tan absoluto, que si en ese momento alguien más hubiera atacado a la muchacha, es muy posible que ni siquiera se hubiese dado cuenta.

Pero reaccionó enseguida de la primera sorpresa y gritó:

—¡Soltad las armas!

Llevaba los dos revólveres en las manos y todos sabían que no era manco disparando. Su amenaza y la de Norma Sheridan, fueron

suficientes para que todos extrajeran sus revólveres sosteniendo las culatas entre sus dedos pulgar e índice y dejándolos caer a tierra. Hasta Mike Galento, que tuvo que emplear la mano izquierda para esa operación, quedó desarmado.

Tony Lorens ordenó:

—¡Y ahora largaos de la ciudad! ¡Tenéis dos horas para recoger vuestros trastos y poner lejos de Carson City las pezuñas de vuestros caballos! ¡Después de esta advertencia no os daré ninguna oportunidad!

Mike, con una sonrisa torcida, preguntó:

—¿Quién eres tú para mandar eso, Lorens?

—En estos momentos soy el *sheriff* de la ciudad. Si dentro de dos horas seguís aquí, os cazaré como a perros rabiosos y seréis colgados. A Dale también le ofrecí una oportunidad para salvar la vida y la rechazó. Ahora debe estar lamentándolo.

Los cuatro pistoleros que quedaban con vida, incluido Mike Galento, cambiaron entre sí una mirada interrogativa y decidieron obedecer. Por el momento, abandonando sus armas, desaparecieron de la calle.

Tony Lorens dirigió entonces su mirada hacia el lugar que antes ocupaba la mujer vestida de negro. Con gran sorpresa, comprobó que ya no estaba. Ella había desaparecido también.

—¡Diablos! ¡Ni que fuera un fantasma!

Tony extrajo de uno de sus bolsillos un viejo reloj de oro y consultó la hora. Eran las diez de la noche. A las doce justamente, todos los pistoleros debían encontrarse fuera de la ciudad, Seguramente, en cuanto hubieran reaccionado, no le obedecerían, y él tendría que jugarse la vida para cazarles, pero su obligación, antes de enviar a nadie al infierno, era darle una oportunidad.

Guardó el reloj, se ciñó nuevamente los cinturones canana y tomó a paso rápido el camino que conducía a la casa de Norma Sheridan.

Para llegar hasta allí, tenía que pasar por delante del hotel Pacific, donde se alojaba Iris. No había vuelto a ver a la muchacha desde que ésta se presentó en la ciudad.

Ahora la encontró en el porche del hotel, muy pálida, mirando como obsesionada el lugar de la calle donde habían ocurrido todos aquellos hechos.

Tony, sin saber qué hacer, se llevó una mano al ala del sombrero, saludando.

—Hola, Iris.

Ella, con los labios temblorosos, volvió hacia él sus grandes e inocentes ojos azules.

—Ha sido horrible, Tony… Horrible.

—Sí, pero maravilloso también, Iris. De no ser por esa persona vestida de negro, yo estaría ahora muerto. Me sorprendieron bien.

—No es necesario que digas «esa persona» de una forma tan misteriosa, Tony. Aun desde esta distancia, me he dado cuenta de que era una mujer.

—Aquella mujer.

—Debes estarle muy agradecido, Tony. Le debes algo más que la vida, le debes el honor. Ahora podrás limpiar de pistoleros Carson City, y de otro modo ellos hubieran acabado contigo.

—Todavía no está decidida la cuestión. Puede que me maten antes de la medianoche.

—Eso no ocurrirá, Tony.

—¿Por qué?

—Porque tienes a esa mujer como aliada.

Tony Lorens, por primera vez en su vida, se encontraba embarazado y sin saber qué decir. Aquella situación le era muy violenta. Y se hacía cargo de que, sin una larga explicación por su parte, Iris no lograría entender los motivos que le impulsaban. Quizá no lo entendería nunca.

Rehuyó su mirada y dijo:

—Más vale que vuelvas a entrar en el hotel, Iris. Luego pasaré un momento a saludar a tío Foster.

—Como quieras, Tony.

La mujer dio media vuelta y entró lentamente en el hotel. Vista así, hundida y con aspecto de abatimiento, llegaba a inspirar lástima. No por su físico, que era de una endiablada hermosura, sino por la tristeza que se había aposentado en sus ojos, en su piel, que manaba de toda ella entera. Tony Lorens la vio desaparecer y entonces tuvo una extraña sensación de alivio, porque ante ella se había sentido avergonzado y realmente sin saber qué decirle. Luego se mordió los labios, hizo un movimiento instintivo para afianzar mejor sus revólveres y siguió el camino en dirección a la casa de

Norma Sheridan.

El ceremonioso servidor a quien ya conocía, le abrió la puerta.

—¿Qué desea, señor?

—Ver a la señorita Norma.

—Pase, señor, y tenga la bondad de aguardar un instante.

Tony entró, y como siempre le maravilló la espléndida suntuosidad de aquella casa. Al entrar en ella uno se sentía inmediatamente muy lejos de Carson City, muy lejos del Oeste entero. Pero tampoco se encontraba a gusto allí. Quizá demasiado lujo. Nerviosamente lió un cigarrillo, y cuando se disponía a encenderlo, una voz dulce a su espalda susurró:

—¿Fuego?

Él se volvió.

La muchacha estaba allí. Norma Sheridan vestía un ceñido traje de noche y de ella se desprendía un suave e incitante perfume que despertó oscuras sensaciones en el fondo del espíritu de Tony Lorens. De no haberla visto antes con sus propios ojos, no lo habría creído jamás. Norma se presentaba ante él tan dulce, tan femenina, tan subyugadora, que se necesitaba hacer un poderoso esfuerzo para imaginaría empuñando un revólver y barriendo de su camino a unos asesinos. No parecía la misma. Tony llegó a creer que sus sentidos le habían engañado antes. Pero la había visto con sus propios ojos…

—¿No tienes una hermana gemela? —preguntó.

—Los hombres no tenéis esa suerte.

—¿Qué quieres decir?

—Que en Carson City sólo hay una Norma Sheridan. En cuanto se case con alguien, ya no quedará otra de repuesto.

—He querido significar que no pareces la misma, Norma.

—¿A qué otra mujer tengo que parecerme?

—Si tenías aún alguna esperanza de que no te hubiese reconocido, olvídala, Norma. Te he visto muy bien la cara, y sospecho que aquellos hombres también.

La muchacha rehuyó su mirada un instante, pero no pareció demasiado afectada por haber sido descubierta. Se limitó a retirar el cigarrillo de los labios, de Tony Lorens y arrojarlo blandamente sobre la alfombra.

—Son demasiado vulgares. En casa tenemos cigarrillos más

refinados. Tony Lorens merece otra cosa.

—¿Por ejemplo…?

Ella se elevó sobre las puntas de sus zapatos y le besó.

—El cigarrillo estorbaba.

Tony Lorens sintió un terrible deseo de estrecharla entre sus brazos, pero se contuvo. Al fin y al cabo aquella mujer debía serle indiferente. Se casaba con ella tan sólo para salvar su honor. Era Norma Sheridan la que parecía que se había propuesto volverle loco.

Se distanció de ella unos pasos y trató de cambiar de conversación.

—Tiras muy bien —dijo.

—Lo de hoy no ha sido nada extraordinario. ¿Tú has oído hablar de Casney?

—Sí, fue un famoso pistolero que murió a los treinta años después de haber matado a más de treinta hombres. Dicen que vivió un tiempo cerca de Carson City.

—Es cierto. Mi padre lo tuvo a sueldo una temporada, para que defendiera sus ranchos de los atracos de los cuatreros. Fue ésa la época en que Casney llegó a matar más gente, hasta limpiar casi toda la comarca. El me enseñó a tirar.

—¿Es posible?

—Lo hacía a escondidas de mi padre. El me enseñó cómo hay que sacar partido de un «Colt» 45, y las cosas tan extraordinarias que se pueden hacer con él. Lo de hoy no ha sido nada especial. Cuando él me daba lecciones, solía hacerlo mucho mejor. Ahora estoy desentrenada.

—Desentrenada o no, me has salvado la vida.

Ella le volvió la espalda, y avanzó contoneándose hacia una mesita de caoba donde había una caja de piel. Tony admiró en contra de su voluntad la perfección diabólica de su figura, aquella especie de llama perfumada que parecía brotar de toda ella. Y fue entonces, al volverse de espaldas, cuando la comparó con Iris y se dio cuenta, sorprendido, de que las dos mujeres eran de parecida estatura, de parecida complexión, y de que hasta caminaban de un modo parecido. ¿Por qué el destino le había puesto en medio de aquel terrible fuego? ¿Por qué tenía que elegir entre dos mujeres tan iguales y al mismo tiempo tan distintas?

Ella abrió la caja y se la mostró llena de finos y delicados cigarrillos de Virginia.

—No todo el mundo tiene esto. Sírvete.

Él tomó un cigarrillo y lo encendió, mientras Norma hacía lo mismo con otro. Fue él quien prendió fuego a los dos. Con la llamita de por medio los ojos del hombre y de la mujer chocaron en el aire.

—¿Qué tal esa palomita? —preguntó ella al fin, distanciándose un poco.

—Si te refieres a Iris, lo ha visto todo desde la puerta del hotel. Estaba sinceramente impresionada.

—Ella no hubiese sido capaz de hacerlo, ¿eh?

—No, creo que no.

—Claro, una muchacha que viene del Este.

—Temo que la juzgas mal, Norma.

—¿Por qué?

—Ella no es una muchacha del Este. Todo lo contrario. Hace años, cuando era casi una niña, unos pistoleros colgaron a su padre, que era el juez de Dallas, y ella tuvo que presenciarlo. Ha vivido siempre en el Oeste, en uno de sus puntos más salvajes, más brutales, más carentes de piedad. El humo de los revólveres es para ella tan familiar como para ti él humo de tus cigarrillos. Desde hace mucho tiempo vive con su tío Foster, que desempeña el cargo de juez de Dallas, el mismo que un día ocupó su padre. Esa mujer pertenece al Oeste tanto como tú, aunque desde luego no la creó capaz de manejar los revólveres como tú lo has hecho.

Norma exhaló una bocanada de humo nerviosamente.

—Si ese tío Foster es juez de Dallas, ¿qué hace aquí?

—Acaba de ser nombrado por el Gobierno, juez especial de Carson City.

—¿Juez especial? Muy interesante.

—Nevada es hoy el paraíso de los pistoleros, y hace falta que aquí la justicia se administre con mano de hierro. Foster puede ser el hombre que cambie la ciudad.

—La ciudad se cambiará con estampidos de revólver, no con leyes.

El retrocedió unos pasos y depositó los restos de su cigarrillo en uno de los lujosos ceniceros que había sobre la repisa de la cercana chimenea. Desde allí se volvió para mirar a la mujer.

—Creo que tienes razón.
—Siempre la tengo.
—Lo cual no impide que hayas estado casada con el peor de los pistoleros de Nevada.
—Siempre, hasta el último momento, creí que iba a cambiar. Confié en él. Las mujeres cometemos casi siempre el pecado de confiar en los hombres.
—Pues es necesario que a partir de este momento no te fíes de tu propia sombra. ¿Sabes lo que va a ocurrir ahora?
—Quizá que me vas a declarar tu amor…
—No es eso, Norma. Ni tú eres una niña ni yo soy un sentimental. Sabes que sólo pienso en salvar tu honor, a pesar de que tú… Bueno, a pesar de que tú seas una mujer irresistible. Pero ahora quería hablarte de otra cosa.
—Dila.
—No debes salir de esta casa, y si es posible rodéate de hombres que te protejan. ¿Tiene tu padre pistoleros a sueldo?
—Sí, pero no son demasiado buenos. Los revólveres temblarán en sus manos cuando sepan que se enfrentan a Mike Galento.
—No importa. Es necesario que formen un círculo protector alrededor tuyo, es preciso que estén dispuestos a protegerte con fuego en cuanto sea necesario. Mike vio tu rostro y sabe quién eres. Buscará vengarse.
—Si lo hace —dijo la mujer enigmáticamente—, yo sabré defenderme sola.
—Me temo que esta vez no te va a servir tu habilidad con el revólver. Están sobre aviso. Además…, además no puedes hacer demasiadas veces lo que has hecho hoy, porque vas a ser madre. Hay cosas que podrían resultarte fatales.
—Pero ellos no lo saben.
Tony Lorens miró quietamente, durante unos segundos, la estrella que lucía sobre su camisa.
—No importa que lo sepan o no. Soy el *sheriff* de Carson City, y mi obligación es eliminarlos. Lo haré en cuanto suenen las doce de la noche.
—Excelente idea. Pero tú has venido aquí a darme las gracias, ¿no?
—Ése era mi propósito.

—En tal caso permite que aproveche la ocasión para darle un consejo. Esos hombres no eran más que un pequeño núcleo de la que fue poderosa banda de Dale Burton. No han conocido jamás la piedad ni la van a sentir ahora. Estás solo contra más de una docena de pistoleros que te acorralarán en Carson City como a un perro rabioso. No vas a ser tú el cazador, sino la pieza de caza. Aprovecha las horas de respiro que aún vas a tener, arroja esa ridícula estrella y márchate de la ciudad. Al fin y al cabo el *sheriff* lo ha hecho.

—No me importa lo que el anterior *sheriff* haya podido pensar —dijo fríamente Tony.

Ella se acercó lentamente, moviéndose como una gata dentro de su ceñido vestido negro.

Le puso las manos sobre los hombros y musitó:

—Lo peor de todo es que eres un hombre lleno de nobleza, Tony. Un hombre que todavía cree en el bien y en el mal, en el perdón y en la misericordia, Será una verdadera lástima que esos tipos te acribillen esta noche.

—Lo sentiría por ti, Norma.

Retiró muy suavemente los brazos de la mujer, que ya iban a colgarse de sus hombros, y sin decir una palabra más caminó hacia la puerta.

Norma Sheridan, que se sentía nerviosa y violenta, arrojó los restos de su cigarrillo a medio consumir y encendió otro con movimientos demasiado bruscos.

Prácticamente estaba sola en la casa. La servidumbre ocupaba un edificio anexo, y su padre se encontraba reunido con otros hombres importantes de la ciudad en el edificio de la Junta de Vecinos. Un pensamiento pasó por la mente de Norma Sheridan, y lo llevó inmediatamente a la práctica.

Fue a su dormitorio, abrió un armario de caoba y extrajo de él un lujoso abrigo de pieles, que se colocó sobre los hombros. Recogió también un monedero donde había un pequeño revólver cargado, de cachas plateadas, y saliendo de su casa por una de las puertas traseras se encaminó por una calle apenas transitada a la parte también trasera del saloon más concurrido de la ciudad, el mismo en el que Tony matara a Dale Burton.

Allí había comenzado a sentir un odio salvaje hacia él, y allí iba, sin embargo, para salvarle la vida.

Pocas horas habían bastado para que Norma Sheridan se diese cuenta de la clase de hombre que era Tony Lorens. Pocas horas habían sido suficientes para que advirtiera que él estaba dispuesto a sacrificarlo todo sólo por salvar el buen nombre de ella, al fin y al cabo una desconocida. En este momento Norma Sheridan, que un día llegó a amar ciegamente a Dale Burton, se daba cuenta de su gran error, de aquel error que había marcado su existencia entera, y buscaba ahora que al menos no muriese el único hombre que pretendía ayudarla.

Entró en el saloon por la puerta trasera que ya conocía, y que daba a un pequeño reservado casi siempre vacío. Lo atravesó y abrió a medias la puerta de éste, que daba a la gran sala, ahora llena de humo, de voces y de música. El local estaba en su mejor hora, y más de doscientos clientes se distribuían entre las mesas y la barra, unos jugando, otros mirando el escenario donde se movían las bailarinas y otros bebiendo o hablando con las chicas que servían de gancho para las mesas de juego. Pero Norma no se fijó apenas en la creciente animación de la sala, sino que buscó con los ojos a un determinado hombre.

Tuvo suerte. Mike Galento estaba allí, separado de todo el mundo, en una mesa situada a unos quince pasos de la puerta, y completamente absorto en un solitario. Manejaba el mazo de cartas con la izquierda, puesto que su brazo derecho seguía en cabestrillo. No levantó los ojos al sentir cerca de sí el perfume insinuante de la mujer, y ni siquiera cuando ella se sentó al otro lado de la mesa pareció prestarle atención. Pero su mano derecha, dentro de los vendajes, temblaba.

—Usted es la mujer pistolero —dijo de repente al cabo de unos segundos, levantando los ojos.

Ella estaba sentada frente a él, había cruzado las piernas y había echado hacia atrás, sobre el respaldo de la silla, su costoso abrigo de pieles.

—¿Lo ha adivinado por el perfume o por el miedo que ha sentido al verme?

—Quizá por ambas cosas a la vez. Pero en cuanto al miedo debo advertirle que sólo lo tengo de una cosa: de que me mate una mirada de sus ojos o un beso de sus labios.

—Es usted muy galante para ser un pistolero.

—Y usted muy atrevida para ser una millonaria.

Por un instante sus miradas chocaron en el aire. Los ojos grises y fríos de Mike Galento parecieron atravesar las pupilas negras y ardientes de la mujer.

—¿A qué ha venido? —preguntó de pronto.

—A proponerle un trato.

—¿Aquí, delante de todo el mundo?

—La gente nos mira, pero no nos oye. Y me conviene que haya muchos hombres a mi alrededor porque así tengo la seguridad de que no intentará sacarme de aquí a la fuerza.

—Me gusta su franqueza. ¿Qué quiere?

—Ofrecerle mucho dinero a cambio de la vida de Tony Lorens. Una montaña de crujientes billetes de a mil si se marchan de la ciudad.

—¿Dinero suyo?

—No. Dinero de Dale Burton.

Galento, que iba a colocar una carta a un extremo del solitario, mantuvo quieta la mano en el aire.

—¿De Dale Burton?

—Exacto. Usted, que era su socio, sabe que él guardaba en un lugar seguro de Carson City el producto de los golpes, ¿no es así?

—Eso es al menos lo que pensamos todos.

—Y han venido como buitres a la ciudad para apoderarse de ese dinero. Pues bien, yo sé el lugar absolutamente seguro e insospechado donde se encuentra actualmente.

—¿Dónde?

—En el propio Banco de mi padre.

La carta que Mike Galento sostenía en la mano izquierda cayó blandamente sobre la mesa.

—¿Es posible?

—Es cierto. Los ingresos se hicieron con nombre supuesto, como es natural. Yo misma ayudé a formalizar la operación y yo soy la única, una vez muerto Dale, que puede extraer esos fondos. Los sacaré ahora mismo, para que se los repartan, con una sola condición: tienen que marcharse de la ciudad inmediatamente.

—¿Para qué no matemos a Lorens?

—Eso es sólo asunto mío.

—Tengo entendido —dijo Galento calmosamente— que ése es el

hombre que ha matado a Dale Burton. ¿O me equivoco?

—Sigue siendo asunto mío.

—Tengo entendido también que usted y Dale estaban, casados en secreto. Contrajeron matrimonio en Santa Fe, hace un año.

Norma se puso instantáneamente en guardia.

—¿Cómo lo sabe?

—No olvide que Dale y yo éramos socios. Buenos socios, para ser más exactos. Me explicaba todos sus secretos como yo en él los míos, y así llegué a saber lo de su matrimonio. Al principio eso me pareció una estupidez, pero después de conocerla a usted tengo que rectificar mi criterio.

—Sigue siendo muy galante, pero eso es lo que menos importa ahora. ¿Acepta o no mi proposición?

—La aceptaré si usted sale de la ciudad conmigo.

—Está loco.

—Puede, pero sé valorar todavía la hermosura de una mujer. Me conviene más que todo el dinero que había almacenado Burton.

Los ojos fríos y dañinos de Galento, parecidos a los de un reptil, resbalaron sobre el rostro de Norma, que se mantenía alerta y con todos los sentidos en tensión.

—No puede ser —dijo al fin ella, tras unos instantes de silencio —. Con esos ojos tan fríos y viscosos es imposible que le importe el amor de una mujer. Usted, Galento, es de esos tipos fríos y astutos que no hacen nada sin calcularlo previamente. Sé que lo único que le interesa es el dinero y estoy dispuesta a dárselo. Decídase.

Mike Galento sonrió. La mujer ya estaba demasiado nerviosa.

—¿Puedo saber por qué intenta salvar a Tony Lorens?

—Porque en estos momentos es el único hombre absolutamente honrado que hay en Carson City.

—¿Está dispuesta a acompañarme al Banco para retirar esos fondos?

La muchacha no reflexionó.

—Si.

—En tal caso iremos ahora mismo. Salga por donde ha entrado y de la vuelta al edificio. La aguardaré en el porche delantero. Puedo garantizarle que diez minutos después de cobrar estaremos fuera de Carson City.

Ella asintió, se levantó de la mesa entre las miradas de sorpresa

y admiración de los clientes más cercanos y unos minutos después estaba en el exterior, reunida con Mike Galento. Éste preguntó:

—¿Podemos ir al Banco por algún lugar que no sea la calle principal?

—Sí. Por la parte posterior.

—En tal caso indique usted misma el camino. No me gustaría llamar demasiado la atención.

—Pero usted vendrá solo conmigo, naturalmente.

—¿No lo ve? Nadie más que yo va a entrar en el Banco. —Galento lanzó una carcajada—. ¿O cree que me interesa que mis hombres vean todo lo que saco de allí?

—Claro, es cierto… Supongo que pretenderá engañarles.

Mike Galento rió otra vez, y ambos se encaminaron hacia el Banco por las calles menos concurridas.

El pistolero que iba detrás y que tenía el encargo de seguir siempre a Galento, levantó muy suavemente el martillo de su revólver izquierdo, un revólver nuevo e impecable comprado media hora antes.

Necesitaba tenerlo así para cuando empezase a acribillar a la muchacha.

CAPÍTULO VII

LOS LOBOS

—Buenas noches, tío Foster.

El nuevo juez de Carson City estaba ante él. Tony lo recordaba de los días de Dallas, cuando sus cabellos aún no eran completamente blancos y no tenía aquella expresión de cansancio en la mirada. Tío Foster se levantó de la butaca en que estaba y estrechó calurosamente la mano de Tony Lorens.

—¡Muchacho! ¡Creí que ya no ibas a venir a verme! Puedes creer que si me he quedado aquí, esperando después de cenar, ha sido con la confianza de que vendrías tarde o temprano. Iris me ha dicho que andas muy ocupado por Carson City.

Iris estaba sentada en otra butaca, junto a su tío, y se había estremecido al ver entrar al hombre. Ahora rehuyó la mirada de Tony, cuando éste puso sus ojos en ella.

—Tengo que cumplir un par de deberes —dijo el nuevo *sheriff*, sin concretar demasiado—. Puede que empiece usted sus funciones de juez teniendo mucho trabajo, tío Foster.

—Por ejemplo firmando tu acta de defunción —dijo Iris, mirándole por primera vez a la cara.

Tío Foster la contempló sorprendido.

—¿Quieres decir que Tony está metido en algún lío más grande de los que tiene por costumbre?

—No tiene importancia —se apresuró a decir el mismo joven—. Carson City es una ciudad como tantas y tantas en el Oeste. Igual se puede morir en ella que en cualquier otro sitio.

Volvió a estrechar la mano del juez y dijo:

—Bueno, tío Foster, debo marcharme ya. Sólo he venido para saludarle y desearle un buen comienzo en esta ciudad. Yo todavía tengo algún trabajo.

—Te vas muy pronto, muchacho.

—Lo siento; si puedo mañana volveré a verle.

Tony se dirigió a la puerta, y notó que Iris venía tras sus pasos.

El porche del hotel, a aquella hora, no estaba demasiado iluminado. Había en él extensas zonas de sombra donde un hombre podía fácilmente soñar, amar, o morir. Tony Lorens llegó poco a poco a una de esas zonas. Se detuvo al notar que la muchacha le seguía todavía. Su presencia era como una cosa blanca, dulce y cálida en la noche condenada de Carson City. Tony habría deseado que aquel momento no llegase nunca, pero ya nada podía hacer para evitarlo. Se volvió y se encontró con el cuerpo de Iris, con sus labios entreabiertos, con sus ojos.

La muchacha susurró:

—Felicidades, Tony.

—¿Felicidades? ¿Crees que merece la pena?

—Esa mujer es muy hermosa y además te ha salvado la vida…

—No des demasiada importancia a eso. Norma no puede amarme, y estoy seguro de que necesita hacer grandes esfuerzos pata no pegarme un tiro por la espalda. Me odia, pero en esos momentos me necesita porque puedo liberarla de un grave compromiso, el compromiso más grave en que puede verse envuelta una mujer.

—No te entiendo.

Tony Lorens, entonces, le explicó a grandes rasgos lo sucedido. Iris había sido siempre tan buena con él y con todos que no podía engañarla. Necesitaba que ella supiese la verdad aunque el saberla no les sirviese de nada a ninguno de los dos. Le explicó que él había tenido que matar a Dale Burton, que Norma había estado casada con él en secreto, y que estaba segura de ir a tener un hijo. Dale Burton había salvado en cierta ocasión a un hermano de Tony, y él consideraba su deber ayudar a un ser inocente que llevaba la misma sangre que el pistolero. Si Norma no se casaba antes de que fuera demasiado tarde, su padre sería capaz de arrojarla de la ciudad y de maldecir para siempre a su hijo. No creería en su matrimonio, y si creía en él se volvería loco al pensar que el marido había sido ni

más ni menos que Dale Burton.

—Por eso debo ayudar a esa mujer, y sobre todo a ese niño —concluyó—. De no ser por Burton, mi hermano John aún habría muerto más joven, y ya que he tenido que acabar con él, creo que mi deber es ayudar a los de su sangre. Ya tienes explicada mi conducta, Iris, una conducta que sin duda destroza nuestras vidas, pero que para mí no puede ser otra.

Ella se acercó un poco más a Tony, y Sus manos un poco trémulas sujetaron, casi sin atreverse, la camisa del hombre.

—Íbamos a casarnos dentro de poco, Tony… ¡Habría sido tan hermoso!

El no contestó. Estaba mirándola.

—¿No podría esa mujer casarse con otro hombre, Tony? Tiene millones, puede hacer cualquier cosa…

—Temo que no, muchacha. Para que un hombre, conociendo lo sucedido, se casara con ella, por su dinero, tendría que ser un auténtico sinvergüenza, y no creo que fuera del agrado del orgulloso millonario Sheridan. En cambio a mí me está agradecido por haber eliminado a Dale Burton. En fin, ¿por qué seguir hablando de esto? No puedo resistir que sigas aquí, Iris; no tengo valor para que veas las cosas hasta el fin. Si quieres salir de Carson City, yo te acompañaré mañana por la mañana en la primera diligencia, si antes no me han rellenado el cuerpo de plomo.

Ella se empinó sobre las puntas de sus zapatos y le besó tiernamente en los labios. Fue muy parecido al beso de Norma. La misma situación, el mismo extraño palpitar en la mujer, pero todo tan distinto, tan diferente… Todo un mundo de recuerdos volvió a vivir Tony mientras los labios de la muchacha estaban junto a los suyos. Luego apartó a Iris con cierta involuntaria brusquedad y dijo:

—No quiero que permanezcas aquí hasta el fin.

—Permaneceré aquí por una sola razón, Tony.

—¿Por cuál?

—Porque te quiero.

Él federal se estremeció, y aunque quiso permanecer impasible fue como si sobre su piel hubieran encendido una hoguera de fuego.

—¿Después de saber lo que hay entre Norma y yo? ¿Después de saber que voy a casarme con ella?

—Todavía no sois marido y mujer, Tony, y tengo una loca

esperanza de que no lo seréis nunca. Pero, ocurra lo que ocurra, debes saber que te quiero, Tony, que mi vida sin ti no tiene sentido, ni objeto, ni me lleva a ninguna parte. En mi soledad desesperada mientras hemos vivido en Texas no he dejado de pensar en ti un solo minuto. Tanto que sólo hay dos momentos realmente importantes en mi vida: aquél en que unos pistoleros me obligaron a presenciar cómo ahorcaban a mi padre y aquel otro en que te vi besándola a ella. Tú quizá no puedas comprenderlo, pero ha sido para mí lo más terrible del mundo.

—Por ello te pido que te marches, Iris.

—No lo haré. Cuando una cosa va a perderse para siempre, es mejor seguir persiguiéndola hasta el último minuto. No impedirás que hasta, que aquello ocurra yo esté junto a ti y te siga queriendo. No voy a marcharme de la ciudad, Tony, por esas razones y porque quizá, en lugar de tu boda, tenga que asistir a tu entierro. No quiero faltar cuando una cosa u otra suceda.

El aspiró el aire quieto de la noche, presintió la soledad llena de peligros que envolvían todos los rincones de la población, y en ese momento, mientras sus ojos paseaban una mirada circular por la calle, algo sorprendió su vista.

Fue una cosa al parecer sin importancia, pero que le impresionó como esos detalles que sin saber por qué quedan fijos en nuestra memoria. En el Banco de Sheridan, que estaba dos manzanas más allá, acababa de encenderse una luz.

Esto podía no tener nada de particular, pero Tony sabía que el Banco debía estar cerrado a esa hora.

Se desligó suavemente de las manos de Iris y echó a andar poco a poco por la calle solitaria, en dirección a la ventana iluminada.

Iris intentó detenerle.

—¿Adónde vas ahora? ¿Es que no tienes bastante con haber eliminado a roda una banda de pistoleros?

Tony masculló:

—Si has de enviarme una corona, Iris, que sea de flores blancas.

Norma y Galento habían llegado poco antes a la puerta principal del Banco, donde siempre había un vigilante. A éste le bastó ver a la hija del patrón para hacer lo que ella le ordenara, aunque viniese con un desconocido. Abrió la puerta y no se sorprendió cuando Norma le dijo que iban a retirar unos fondos. Estaba acostumbrado

a que incluso por la noche se hiciesen operaciones, dada la cantidad de personas raras que había en Carson City.

Ella, de todos modos, dijo al vigilante:

—Síganos, George.

A Mike Galento no pareció importarle aquella vigilancia, sus intenciones iban siendo muy correctas hasta ahora. Esperó a que Norma abriera la caja fuerte más pequeña de la sala para hablar.

—¿A cuánto asciende la fortuna del caballero de que hemos hablado antes?

Norma le mostró un libro de cuentas corrientes en que figuraba una partida por valor de doscientos cincuenta mil dólares a favor de un tal Zimmer. Galento supo enseguida que aquellos fondos habían pertenecido a Burton y que la muchacha no le engañaba. Precisamente Zimmer era el falso nombre que había empleado varias veces Dale Burton para disfrazar sus actividades.

La muchacha dijo:

—¿Está todo conforme? En esta caja hay doscientos cincuenta mil dólares. La destinada exclusivamente para guardar la importante fortuna de este caballero. Puede retirar los fondos inmediatamente, si quiere, pero antes me firmará un recibo.

Se sentó en una mesa y escribió rápidamente un documento en el que Galento y el Banco acordaban hacer transferencia de doscientos cincuenta mil dólares a Denver en el vecino Estado de Colorado, transferencia que se realizaría a la mañana siguiente y debería ser recogida en Denver antes de quince días.

Tendió el papel a Galento y dijo:

—Tienen el tiempo justo para llegar allí. El Banco ya se ha comprometido a trasladar los fondos a Denver, pero si no salen esta noche buscaré el modo de anular la transferencia. Ya ha visto que en esta caja tenemos el dinero. Este documento lleva el sello del Banco, y usted lo firmará también. Todo queda en regía… si usted no intenta ninguna jugada.

Mike susurró:

—Es usted lista, Norma y muy bonita. ¿Cómo cree que iba a intentar algo contra usted, siendo tan hermosa y teniendo yo una mano inútil? Deje, firmaré con la izquierda.

Firmó, y en ese momento se oyeron pisadas en el vestíbulo del Banco.

Pisadas de varios hombres. Ocho individuos, una verdadera banda, habían entrado en el local. A Norma le bastó verlos un momento para reconocer en ellos a algunos antiguos miembros de la banda de Burton. Una sonrisa cuadrada había aparecido en los labios de Mike Galento.

—¿Pero qué es esto? —balbuceó la muchacha—. ¿No habíamos acordado que vendría solo? ¿Cómo ha podido avisar a esos hombres?

—No necesito ir pegando voces por ahí, preciosa. Mis hombres saben que deben vigilar continuamente, y que allí a donde vaya deben seguirme con la mayor rapidez posible. De ese modo me evito muchas sorpresas y puedo dar muy buenos golpes. Vamos, muchachos, las puertas del Banco Sheridan se han abierto para vosotros.

El vigilante intentó volverse y sacar el revólver, pero su gesto fue tan inútil como un manotazo de un niño.

Antes de diez segundos, los ocho pistoleros habían disparado a la vez, y el hombre, convertido en una masa que sangraba por más de ocho huecos, cayó a tierra.

Norma lanzó un grito de horror.

Mike Galento hizo más cuadrada y fría su sonrisa y ordenó secamente:

—Acribilladla también a ella.

CAPÍTULO VIII

LA NOCHE DE CARSON CITY

Demasiado tarde comprendió la muchacha en qué clase de trampa mortal había caído. Demasiado tarde se dio cuenta de que Galento había jugado con ella, y que desde el primer instante en que le habló de ir al Banco Sheridan, él sólo había pensado en realizar uno de los más perfectos atracos de la historia de Carson City. En efecto, ella le había facilitado la entrada, ella le había puesto el dinero tan a su alcance que Mike Galento sólo tenía que extender la mano para recogerlo. Ahora ya no hacía falta. Ahora ya podía morir.

Pero Norma no era de esas mujeres que se resignan a lo que quieren hacer con ellas. Norma había vivido siempre en el Oeste y sabía que un revólver es el único amigo fiel hasta la muerte.

Abrió el bolso con un seco movimiento e introdujo la mano en él. No se molestó ni siquiera en sacar el revólver, para no perder tiempo. Amartillándolo con la habilidad de un gun-man, disparó a través de la fina piel del bolso, atravesando el cráneo de uno de los pistoleros. Éste sólo tuvo tiempo de lanzar una maldición y caer a tierra como un fardo.

Pero aún quedaban ocho hombres más, incluido Mike Galento.

Norma logró disparar otra vez, hiriendo en el costado a uno de sus enemigos.

Luego ya no pudo volver a apretar el gatillo.

Fue Mike Galento, con la mano izquierda, el que primero disparó contra ella.

La bala perforó uno de los pulmones de la muchacha, y ésta lanzó un suave quejido, cayó a tierra. Mike Galento, mientras se abalanzaba sobre la caja donde estaban los crujientes billetes, ordenó a sus pistoleros:

—¡Rematadla!

Fueron varios más los que dispararon contra la indefensa muchacha. Ésta se estremecía cada vez que un nuevo balazo atravesaba su piel. Daba una inmensa pena verla así, tan joven, y tan hermosa, sangrando en su ceñido vestido negro, pero ninguno de los pistoleros sintió compasión de ella. Después de disparar a conciencia, corrieron todos hacia el interior del Banco para ayudar a su jefe, que con una sola mano metía nerviosamente billetes y más billetes en uno de los sacos de piel que para el transporte de dinero solían ser confiados a las diligencias.

En menos de un minuto, un cuarto de millón pasó al interior del saco, que el propio Galento cargó sobre sus espaldas. Uno de los robos más crueles y más salvajes de la historia de Nevada acababa de consumarse.

Los ojos de águila de Mike Galento se dirigieron hacia la puerta, que continuaba abierta, y a través de la que se distinguía la negra noche de Carson City, Como el ruido de los disparos ya debía haber sido oído en toda la población, calculó que sería peligroso salir por allí llevando el botín, y saltó por una de las ventanas laterales, cuyos cristales rompió antes a golpes de revólver.

Los pistoleros sólo recibieron esta orden:

—¡Tú, Joe, acompáñame! ¡Los demás, salid por la puerta y fingid que lleváis el botín! ¡Ya nos encontraremos en el sitio de costumbre!

Joe se despegó del grupo de forajidos y siguió a su jefe a través de la rota ventana. Los otros seis hombres se encaminaron hacia la puerta, haciendo el mayor ruido posible y fingiendo ser ellos los que llevaban el dinero. De este modo nadie se fijaría en Mike Galento.

Pero apenas habían dado un par de pasos en dirección a aquella puerta, cuando alguien apareció en el umbral.

Un hombre solo.

Era un tipo alto, hercúleo, con una estrella de *sheriff* en el pecho. Alguno de los pistoleros había visto ya a aquel hombre cuando Mike

Galento lo amarró a la grupa de su caballo. No les inspiró demasiado respeto. Seguramente bastarían dos pistoleros para liquidarlo, y ellos eran seis.

El lugarteniente de Galento, un tipo llamado Saniro, fue el primero en levantar el revólver hacia él. Lo hizo sin demasiadas preocupaciones y con la seguridad absoluta de llevar ventaja, pues Tony no había llevado aún manos a sus armas.

Pero lo que sucedió a continuación no se lo iba a explicar Saniro ni siquiera en el otro mundo, donde todo se sabe.

Tony saltó hacia atrás, con la velocidad de un gamo, y mientras estaba en el aire se arqueó para que su cadera derecha quedara más adelantada que la izquierda. La detonación brotó instantáneamente, mientras él disparaba a través de la funda. Sólo un verdadero diablo podía hacer puntería en tales condiciones, y por eso todos abrieron la boca, asombrados, cuando en la frente de Saniro apareció un botón rojo de sangre.

La bala fue colocada con la precisión de un joyero, como si aquel botón rojo fuera un rubí para adornar la frente del muerto.

Aquel instante de confusión de los dos pistoleros al ver caer de manera tan extraordinaria a uno de los suyos, les resultó fatal. Tardaron en darse cuenta de que no peleaban con un hombre, sino con un demonio salvaje al que el odio devoraba el corazón. Uno de ellos, el que más abría la boca, recibió una bala a través de ésta, y toda la parte superior de su cráneo se abrió como una caja. Inmediatamente después, Tony Lorens había desaparecido de su vista.

Pegado a un costado de la puerta, con los movimientos precisos de una máquina repuso las dos balas que faltaban en su cilindro, y luego esperó. Treinta segundos después había observado suficientemente el terreno y tomado una decisión. Los pistoleros le atacarían simultáneamente desde la puerta y desde la ventana lateral que daba a la calle, es decir, que tendría enemigos a derecha e izquierda. Con una sonrisa siniestra, Tony retrocedió hasta una de las columnas del porche, poniéndose en cierto modo al descubierto, y aseguró sus revólveres.

Efectivamente, todo sucedió como él había previsto.

Un pistolero asomó repentinamente por la puerta, con el arma levantada, y otro rompió la ventana lateral para disparar a través de

ella. Tony tenía los brazos cruzados y un revólver en cada mano apuntando exactamente a los lugares por donde calculaba iban a surgir sus enemigos. Los dos disparos brotaron a la vez y ambos cayeron a tierra sin haber tenido tiempo de apretar el gatillo. El de la puerta cayó con el cuello atravesado y quedó muerto en el acto. Él otro recibió el plomo cerca del corazón y cayó herido, sin fuerza para volver a levantar el revólver, tosiendo angustiosamente.

Tony sabía que sólo quedaban dos enemigos encerrados en el Banco, y decidió no darles cuartel. Los sacaría de allí como fuera, y llegaría a tiempo de ayudar a Norma, si es que no había muerto aún. Lanzando un juramento pasó como una exhalación frente a la puerta. Dos balas Siluetearon rápidamente su figura.

Pero ya había visto la situación de sus enemigos. Éstos estaban demasiado juntos, situados en un mismo lado del vestíbulo, y cuando Tony Lorens apareció de nuevo ya no tuvieron tiempo para variar de posición.

El joven se plantó de nuevo en el umbral, y con las piernas entreabiertas, ligeramente inclinado hacia adelante empezó a disparar como un loco, con sus dos revólveres a la vez, trazando con ellos dos veloces líneas de abanico. En el camino de aquel chorro de balas estaban los dos pistoleros. Ambos se doblaron, dieron al mismo tiempo un extraño traspié, soltaron los revólveres y cayeron a tierra como un único cuerpo. Sólo uno de ellos consiguió disparar, pero lo hizo al suelo y sin peligro ninguno. Cuando sus rostros tomaron contacto con la tierra, ambos estaban ya muertos.

Tony Lorens, con los revólveres todavía humeantes miró a su alrededor. Acababa de matar a seis hombres. Sólo uno de ellos no había muerto aún, pero tenía la bala alojada cerca del corazón y moriría pronto. Tony le dirigió una fugaz mirada, y su primer impulso fue ayudarle, pero más urgente era lo de Norma.

Y fue en aquel momento cuando Tony Lorens tuvo una de las sorpresas más violentas y brutales de su existencia entera.

¡Norma Sheridan había desaparecido!

Cuando Tony miró al lugar donde antes la había visto, Norma ya no estaba allí. Y su desaparición había sido tan teatral y rápida que Tony habría podido llegar a creer que no la había visto nunca de no ser por la extensa mancha de sangre que ocupaba toda aquella zona del vestíbulo.

El momento de indecisión de Tony le impidió ver que una de las ventanas de la parte derecha del local, que estaba intacta, se cerraba en aquel momento silenciosamente.

La madera sólo produjo un chasquido, un levísimo chasquido que en circunstancias normales no hubiera podido oírse, pero que entre aquel silencio le produjo a Tony la sensación de un verdadero cañonazo disparado contra él.

Miró entonces hacia aquella ventana y vio a través del cristal un rostro extraño y horrible un rostro lleno de arrugas y de brillantes ojos que le miraban siniestramente. Tony lanzó una exclamación de asombro y en aquel momento la extraordinaria aparición se esfumó y fue tragada por la noche.

CAPÍTULO IX

LOS MUERTOS DEJAN HUELLAS

El millonario Sheridan masticó la punta de su cigarro habano destrozándolo furiosamente y con las manos en los bolsillos, preguntó:

—¿Pero es posible? ¿De veras cree que aquellos hombres habían disparado a mansalva contra mi hija?

—Los disparos que oí sólo podían ir dirigidos contra ella, puesto que al parecer el guardián murió antes, y la sangre que había en el suelo no deja lugar a dudas.

El millonario estaba masticando su propio cigarro. De repente le supo amargo y lo arrojó furiosamente contra una de las alfombras de la habitación.

Se encontraban en el local de la Junta de Vecinos de Carson City, media hora después de ocurrir todos aquellos sucesos, y junto con Tony Lorens, estaban reunidos en la habitación el juez Foster, el fiscal Clarence y el millonario Sheridan, que como es lógico parecía el más nervioso y apesadumbrado de los cuatro.

Fue él quien gritó:

—¡Pero esto es increíble! ¿Cómo puede mi propia hija haber ayudado a entrar en el Banco a un pistolero y un bandido como Mike Galento?

—Eso —dijo con voz muy baja Tony— no lo sabremos probablemente nunca.

—Pero se han llevado doscientos cincuenta mil dólares, una verdadera fortuna perteneciente al señor Zimmer, el mejor cliente de mi Banco. ¿Qué haré cuando venga a reclamarme esos fondos?

—Imagino que el señor Zimmer será una persona comprensiva y no se acercará nunca por su Banco a reclamar ese dinero, señor Sheridan —dijo enigmáticamente Tony.

—¿Cómo? ¿Pero qué dice?

—Digo que el señor Zimmer no volverá probablemente a Carson City. Comienzo a adivinar algo de lo ocurrido, pero por el momento no me obliguen a que les de ninguna otra clase de explicaciones.

Tony Lorens notaba fijas en él las miradas de los tres hombres. Todos hacían esfuerzos para adivinar sus pensamientos pero ninguno comprendió la increíble verdad que él ya conocía.

Sheridan preguntó de pronto:

—¿Cómo se explica usted la desaparición de mí hija? —Lo cierto es que no puedo dar ninguna clase de explicaciones, señor— dijo Tony pasándose la mano derecha por los ojos con un gesto de pesadilla. Por primera vez en mi vida no comprendo nada de lo sucedido.

—¿Pero estaba ella herida de verdad? —preguntó el millonario asiéndose con todas sus fuerzas a la última esperanza—. ¿No se habrá equivocado? ¿No estará Norma ilesa y habrá escapado aterrorizada al oír tantos disparos?

—No creo que Norma se asuste por cuatro detonaciones más o menos, señor.

—¿Pero qué pruebas tiene de que esos individuos la hayan asesinado?

Tony Lorens cerró los ojos un momento con expresión de cansancio.

—Le juro que no me gusta dar esta clase de noticias, pero creo que esos asesinos se aseguraron bien de haber matado a Norma. En primer lugar está la sangre derramada, que según el doctor Key es de unos dos litros e imposibilita indudablemente para vivir al que la haya perdido. En segundo lugar está la confesión del pistolero que fue el último en morir. Antes de que la bala se moviera dentro de su cuerpo y le interesara el corazón, me confesó que habían tirado a matar sobre Norma, dejando cribado su cuerpo. Preferiría decir otra cosa, pero tengo la certeza de que su hija está muerta en estos momentos.

El viejo millonario se derrumbó sobre uno de los asientos. Ahora no era más que un pobre hombre sin fuerzas, sin voluntad, y debajo

de sus ojos habían nacido dos bolas de grasa que le daban un aspecto casi grotesco.

—En tal caso, ¿cómo se explica usted la desaparición de mi hija, señor Lorens? ¿Es que pueden moverse los muertos?

—No. Y aunque ella no hubiese muerto, sino que estuviese solamente herida, no habría podido escapar después de haber perdido tal cantidad de sangre. La única explicación lógica de todo esto es la de que alguien se la llevó.

Los otros tres hombres que estaban en la habitación miraron fijamente a Tony Lorens. Cierto que los tres habían pensado en lo mismo, pero hasta aquel momento nadie se había atrevido a hablar así. Parecía como si con sus palabras, Tony hubiera dado estado oficial a un hecho que les parecía increíble.

—¿Quién pudo tener interés en llevarse a Norma? —preguntó Sheridan mientras temblaban las bolsas de sus ojos.

—Eso es lo que no acierto a explicarme.

—Pues tendrá que hacer algo para aclararlo, joven. Usted es ahora el *sheriff* de Carson City, y no puede negar que ha aceptado el cargo voluntariamente. Pondré a su disposición todo el dinero y todos los hombres que necesite, pero tiene que encontrar a Norma y a Mike Galento con su saco que vale un cuarto de millón de dólares. Si no hace algo enseguida, dentro de unos días habrá cruzado la línea divisoria del Estado, y ya nadie dará con él.

Tony Lorens se puso en pie.

—He telegrafiado a las ciudades vecinas para que estén alerta, pero no creo que esta medida de resultado alguno. Le aconsejo que organice unas cuantas patrullas con los hombres de su rancho, señor Sheridan, y de unas batidas por los alrededores, siguiendo las huellas que haya podido dejar Galento. Yo me ocuparé de Norma.

—Su deber es rescatar esos doscientos cincuenta mil dólares, *sheriff* —dijo el fiscal.

—Mi deber es ante todo salvar una vida humana, aunque no creo que Norma esté viva ya. Buenas noches, señores.

Dio media vuelta y salió del local, para dirigirse al lugar donde habían ocurrido los últimos sucesos.

A la luz de un farol que retiró de uno de los porches, Tony Lorens hizo algo que hasta entonces no le habían dejado tiempo para hacer… y que fue buscar huellas.

Las de Galento y su acompañante, huellas que partían de una de las ventanas y llegaban hasta un amarradero cercano, eran bien visibles. A partir de allí, las huellas de los caballos se dirigían hacia la salida norte de la población.

Tony las estaba examinando cuando un numeroso grupo de jinetes, encabezado por el millonario Sheridan, se detuvo ante él.

—¿Ha descubierto algo? —preguntó el mismo Sheridan.

—Sólo que los dos fugitivos han huido por la parte norte de la población. Vayan siguiendo esas huellas, si pueden. Y tengan en cuenta que Galento habrá dado un rodeo para despistar al salir de Carson City.

Sheridan encajó bien el revólver que llevaba en la funda y espoleó a su caballo. Acto seguido, todos salieron al galope de allí.

El joven se encaminó entonces hacia la ventana, a través de la cual viera antes aquellas extrañas facciones y empezó a examinar atentamente las huellas que pudiera haber en el porche y en la tierra blanda de las cercanías. El rastro no era difícil de seguir, pues las gotitas de sangre formaban como un reguero hasta llegar a una calleja cercana. Ese rastro le sirvió a Tony de muy poco, porque ya daba por descontado que Norma estaba sangrando cuando alguien la sacó de allí. Lo que le interesaba era descubrir huellas de la persona que la sacó. Y en este sentido, unos instantes después, sus esfuerzos se vieron recompensados por el éxito.

Unas huellas imprecisas estaban marcadas en el polvo, pero eran unas huellas tan extrañas que inmediatamente llamaron la atención del joven de un modo especial. El que las había marcado llevaba unos zapatos masculinos de aguda puntera, de un modelo muy anticuado y poco práctico, que ya no se usaban en casi ningún lugar del Oeste. Tony fue siguiendo aquellas huellas hasta la calleja en que desembocaban, y allí, con ayuda del farol, intentó seguir aquel indicio. Pero las huellas, al llegar a un recodo, se hacían imprecisas y terminaban por desaparecer. Un poco más allá, se marcaban claramente las dos líneas horizontales dejadas por las ruedas de una carreta.

Tony iba a seguir el mismo camino cuando en aquel momento creyó distinguir a alguien muy cerca de él. Alguien que había aparecido de repente y que con toda velocidad había intentado ocultarse, pero sin ser lo bastante rápido para pasar desapercibido.

Tony Lorens se volvió hacia aquella figura.
—No te esperaba —dijo con calma.
—Buenas noches, Tony —susurró tranquilamente Iris.

Tony la miró al fondo de los ojos y preguntó:
—¿Puede saberse qué buscas en esta parte de la ciudad?
—¿Es que me he convertido en sospechosa, Tony?
La mujer ya no llevaba el mismo vestido blanco, sino una pieza roja y turbadora que ceñía prietamente su cuerpo. Sus labios eran tan rojos como el vestido y sus ojos tan azules como la lejana aurora que poco después se elevaría ya por el horizonte.
Tony musitó:
—No te has convertido en una sospechosa, Iris, pero me gustaría saber qué buscabas en este lugar. He pedido al juez que no permita acercarse por aquí a ningún habitante de Carson City, si no es estrictamente necesario.
—¿Olvidas que yo soy la sobrina del juez, Tony?
—Yo no olvido nada, Iris. Y lo único que quiero saber es si has visto algo interesante mientras había el tiroteo en el Banco. ¿Dónde estabas tú en aquellos momentos?
—Me estás tratando con cierta dureza, Tony. Quizá tú no te des cuenta, pero de repente parece como si me hubiera convertido para ti en una enemiga.
El joven nada contestó. Sus ojos intentaban buscar nuevos indicios de la desaparición de Norma, pero sólo pudo hallar lo que ya conocía.
De pronto, la voz suave de Iris, musitó:
—¿Tanto querías a esa mujer, Tony?
El levantó la cabeza y la miró. Hubiérase dicho que la voz de Iris había vibrado en el aire de una manera especial, casi mágica. Parecía como si toda la dulzura del mundo estuviera en estos momentos en los ojos y en la voz de la mujer. Pero Tony Lorens apartó su mirada y dijo solamente:
—Yo no quiero ni dejo de querer. Tengo un deber que cumplir.
—Dos deberes, Tony.
—¿Cuál es el otro?
—Parece increíble que lo hayas olvidado tan pronto. El otro es rescatar el cuarto de millón que han robado del Banco. Pero para eso has pedido a Sheridan que lo hiciese junto a unos cuantos

rancheros mientras que tú buscas únicamente a Norma. No necesito que me contestes, Tony, porque tus actos hablan más que tus palabras. Te deseo mucha suerte y… ojalá encuentres a esa muchacha.

No supo por qué, pero hubo algo en el tono de la voz de Iris que hizo comprender al joven que no encontraría a Norma.

Vio que ella le volvía la espalda. Bruscamente la llamó:

—¡Iris!

Pero ella ya se había perdido en la oscuridad de la calleja.

Durante tres días y tres noches los hombres de Sheridan galoparon sin descanso en busca de pistas que les ayudasen a localizar a Mike Galento. Fue en vano. Durante el mismo tiempo, Tony Lorens galopó sin descansar por las cercanías, buscando rastros de Norma. Pero sin ningún resultado práctico.

Cuando los hombres de Sheridan regresaron a la población, parecían fantasmas. Cuando Tony Lorens corrió tras ellos, parecía un resucitado, pues aún estaba débil por su reciente herida.

Sheridan, antes de desmontar, se cruzó con el *sheriff* en el centro de la calle principal de Carson City.

—¿Ha averiguado algo, señor Lorens?

—Todo completamente inútil. He estado siguiendo las huellas de un carromato que me parecía muy sospechoso, pero esas huellas me han llevado hasta un riachuelo, y a partir de allí me ha sido completamente imposible seguirlas. Momentáneamente he decidido renunciar, señor Sheridan, pero quiero hacerle una pregunta.

—Hágala.

—¿Conoce usted a alguien que emplee un calzado de tipo muy antiguo, con la punta exageradamente estrecha?

—Ésa es una pregunta sin sentido, señor Lorens. No hay posibilidad de saber cómo van calzados los habitantes de Carson City, una ciudad a la que llegan más de cien forasteros diariamente. ¿Pero cree que ese detalle tendrá alguna importancia?

—Puede, señor Sheridan. ¿Y ustedes? ¿Qué es lo que han logrado averiguar?

—Absolutamente nada. Las huellas se pierden en un punto de la llanura por donde han pasado docenas y docenas de caballos últimamente. Era imposible seguir todos los rastros, aunque lo hemos intentado. Ahora estoy deshecho y necesito dormir. Haga

usted lo mismo si puede, *sheriff*. Sólo con la cabeza clara podremos llegar a descubrir alguna cosa.

Tony asintió, y dejando su caballo en una cuadra pública, regresó al hotel. Pero no fue para meterse en cama, sino para recoger sus bártulos y abonar la cuenta. A pesar de lo fatigado que estaba se encaminó a pie a una casa semiderruida que había en la entrada norte de la población y que era un magnífico observatorio para vigilar a todo el que entraba y salía de ésta. Tony se había hecho el firme propósito de no dormir más allá de un par de horas y vigilar estrechamente en espera de algún detalle que le llamara la atención. Estaba seguro de que ese detalle terminaría por llegar.

Pero en cuanto se hubo tendido sobre su manta puesta en la blanda tierra de la choza, y en cuanto tuvo la cabeza apoyada en la silla de su caballo, un invencible sueño le acometió y fue incapaz de tener los ojos abiertos por más tiempo. A pesar de toda su voluntad quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, era ya de noche.

Al principio creyó que se había despertado por sí mismo, porque ya había dormido bastante, pero le bastaron unos segundos para comprender que se había producido algo, algo muy cerca de él y había excitado intensamente su instinto de defensa, obligándole a despertarse.

Se puso en pie bruscamente y empuñó su revólver. Todo era silencio alrededor de la choza. La viciosa Carson City parecía dormir. Tony miró a su alrededor y no distinguió absolutamente a nadie. Pero fue al posar sus ojos en el suelo cuando vio otra vez aquellas extrañas huellas, aquellas marcas dejadas por alguien que empleaba un calzado de puntera muy estrecha y que ya había visto cuando Norma desapareció misteriosamente del Banco, como si los muertos anduvieran. Las huellas se acercaban a la choza y se alejaban luego, perdiéndose entre las miles de ellas que había en el cercano camino. Tony pensó en el extraño rostro que había visto aquella noche, y un brutal estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

CAPÍTULO X

LA GUARIDA DEL DIABLO

Habían transcurrido quince días desde que Tony Lorens despertó bruscamente en la cabaña. Desde entonces, ni un indicio, ni una señal, habían ayudado al joven a descubrir el paradero de Norma.

Toda la comarca fue batida todos los lugares registrados, pero la muchacha no apareció.

Aquel caso amenazaba ser uno de los más extraños y sorprendentes de la historia de Nevada.

En cuanto a Mike Galento, se supo que había logrado llegar a Denver, en Colorado, y que estaba allí con su suculento botín. Tony pidió telegráficamente permiso a sus superiores para ir a buscarle al Estado vecino, pero la respuesta fue negativa. En lugar suyo, fue enviado otro federal que un par de días después de llegar a Denver estaba ya muerto. Según se dijo, Mike Galento lo había liquidado de un certero balazo con la mano izquierda.

—Tiene la derecha inutilizada para toda la vida —se decía en Carson City—, pero con la izquierda le basta y sobra para defenderse.

Durante todos estos días, Tony Lorens siguió en Carson City y fue el *sheriff* de la ciudad. Tuvo nada menos que once desafíos, todos los cuales, excepto dos, los terminó desarmando a sus enemigos y metiéndolos en el calabozo con la mano derecha perforada por una bala. Dos de sus enemigos de turno se pusieron algo más duros que los otros, y a éstos hubo que atravesarles la cabeza. Fueron los dos únicos hombres que Tony mató en Carson City, después de la espantosa carnicería del asalto al Banco

Sheridan.

Todos los días continuaba viendo a Iris, y esto constituía un nuevo tormento para él. La muchacha le parecía la más bella que había conocido jamás, y no podía dejar de pensar en lo feliz que sería el hombre que la hiciera su esposa. Pero él no se sentía digno de merecer el amor de Iris.

Por los motivos que fueran, le había dicho que iba a casarse con otra mujer y él estaba seguro de que ésta era una ofensa que ella no le perdonaría. De nada servía que Iris se portase con él con toda naturalidad y que no te hiciese ningún reproche, pues él, en el fondo de su corazón, estaba seguro de haberla defraudado cruelmente. Esta actitud suya, un poco lejana y fría, hizo pensar a Iris que Tony Lorens estaba realmente enamorado de Norma Sheridan, o por lo menos, de su recuerdo.

A partir de ese momento, a ella se la vio triste y taciturna, convertida en una sombra de la alegre muchacha que antes fue. Siguió viviendo en el Pacific Hotel junto con su tío, y apenas salió a la calle en todos estos días. Pero cuando lo hacía era para tomar un caballo y galopar largas horas, regresando al anochecer y con la montura jadeante y sudorosa. Nadie se preocupó de seguirla durante esos largos paseos por la llanura.

Habían transcurrido quince días, pues, desde los últimos sucesos, cuando por fin, Tony Lorens recibió orden de trasladarse a Denver, en Colorado, y tratar de capturar vivo o muerto a Mike Galento, que con sólo la mano izquierda había matado ya a un federal y al *sheriff* de la ciudad.

Tony ensilló su caballo y, sin despedirse de nadie, emprendió el largo viaje hasta la capital de Colorado. Veinte días después regresó un poco más flaco, más endurecido, y más moreno aún, siendo portador de un saco de piel que depositó en manos del banquero Sheridan.

—Su dinero —ofreció.

—¿Pero qué dice? ¡Eso es imposible!

—Faltan unos veinte mil dólares, que es lo que Galento y su pistolero han gastado en francachelas durante estos días. El resto está intacto.

—¿Pero cómo ha podido conseguirlo? ¡No da usted ninguna importancia a una hazaña que es sencillamente increíble, señor

Lorens! ¿Está muerto Mike Galento?

—No.

—Entonces, ¿cómo ha conseguido el dinero?

—Cuando llegué a Denver, Galento estaba fuera de la ciudad. Todo el mundo aseguraba que iba siguiendo a las bailarinas de una compañía de revistas que había pasado por allí. Traté de seguir su rastro, pero fue imposible. En cambio, di con el de su compinche, quien precisamente era el que guardaba el dinero. Le desafié, después de acorralarle en un tiroteo, nos batimos cara a cara y le atravesé la frente con las seis balas de un «Colt». Eso es todo, señor Sheridan. Puede guardarse su dinero y hacer una obra de caridad con él. Tengo la seguridad de que el señor Zimmer no vendrá a reclamarlo.

—No lo entiendo, señor Lorens, le juro que no lo entiendo. ¿Qué cree que hará ahora Mike Galento?

—Vendrá a buscarme, supongo. Galento no es de los que perdonan un golpe así. Si no puede recuperar el dinero, querrá al menos cobrarse mi vida.

—Y usted, ¿qué va a hacer?

—Nada. Esperarle.

—Pero eso es una temeridad, Lorens. Todos sabemos qué clase de tipo es Galento. En Denver ha matado a un federal y a un *sheriff*.

El joven cambió bruscamente de conversación.

—¿Alguna noticia de Norma?

—Nada, absolutamente nada —dijo el millonario, abriendo los brazos con pesadumbre—. Estoy sencillamente consternado. ¡Si al menos supiera dónde la han enterrado, para poder rezar ante su tumba!

Tony nada dijo, y estrechando silenciosamente la mano del banquero, salió de la habitación.

Por la tarde, Sheridan quiso hacerle llegar una crecida recompensa, pero él la devolvió con una nota donde estaban escritas estas sencillas palabras: «Era mí deber». Dijo mucho en favor del millonario el que inmediatamente esa suma fuera empleada para construir una escuela en Carson City.

Al día siguiente, la diligencia trajo los últimos periódicos de Colorado. Iris fue al encuentro de Tony Lorens, llevando uno de ellos en la mano.

—¿Has visto estos titulares. Tony?

—No. ¿A qué te refieres?

—Lee.

El periódico era un ejemplar del Colorado News. Siguiendo las normas sensacionalistas que ya entonces distinguían a la Prensa de Estados Unidos, los titulares decían:

> «SE PREPARA UN SENSACIONAL DESAFIO EN CARSON CITY. MIKE GALENTO, EL FAMOSO AS DEL REVOLVER, ÍDOLO DE LOS JÓVENES DE COLORADO, HA PARTIDO HACIA NEVADA PARA MATAR AL FEDERAL TONY LORENS.
>
> »ASEGURA QUE PARA ELLO LE BASTA LA MANO IZQUIERDA, CON LA QUE HA VENCIDO YA A UNOS OCHO HOMBRES».

La información decía que todas las noticias se conocían por una carta que el propio Mike Galento había enviado al director del periódico, antes de partir hacia Carson City.

Tony leyó todo esto con calma y luego tendió el periódico a la muchacha, que estaba muy pálida.

—¿Crees que todo esto será cierto, Tony?

—Absolutamente cierto. Mike Galento no hace sólo las cosas por afán de publicidad. Si no viniera haría un espantoso ridículo. Y vendrá.

—¿Qué vas a hacer cuando él se presente aquí?

—Responder a su desafío.

—¿Y matarle?

—Sí antes no me mata él a mí, sí.

Pareció como si por un momento se ensombrecieran las facciones de la muchacha.

—Tú tienes un odio especial hacia Mike Galento, ¿no?

—Yo tengo un odio especial contra todos los asesinos, pero en efecto, puede que desee matar a ése antes que a otros.

—¿Porque él asesinó a tu amada?

Las facciones de la muchacha estaban profundamente alteradas, sin que por eso hubiera perdido su belleza. Sus labios formaban en

el rostro una línea seca y dura, pero aun así, él sintió la casi irresistible tentación de besarlos.

Intentó tomar entre las suyas, una mano de la muchacha.

—Iris, escucha…

—¡Déjame!

La muchacha dio media vuelta y se alejó bruscamente de él. Tony aún intentó detenerla, pero al ver que marchaba definitivamente, se encogió de hombros con impotencia y la dejó ir. El jamás había seguido a una, mujer. Nunca podrían decirlo. En todo caso, la única mujer detrás de la cual había ido alguna vez era la muerte.

Aquella noche, Tony regresó a la choza semiderruida, donde ya descansara otras veces, buscando inútilmente algún indicio entre las personas que entraban y salían de la ciudad. Aquél era el mejor puesto de observación que conocía, pero la verdad era que no sustentaba demasiadas esperanzas. Aquella noche, como había hecho otras veces, tendió una manta en el suelo y sé tumbó a dormir. Si la persona que se llevó a Norma había estado muy cerca de él en otra ocasión, cuando él descansaba allí mismo, no sería imposible que volviese.

Y en efecto aquella noche alguien vino a perturbar su sueño.

Tony tuvo la sensación de que alguien estaba junto a él, una sensación vaga, imprecisa. Entreabrió los ojos y deslizó instintivamente su mano hacia la cadera derecha para buscar su revólver. Pero su arma ya no estaba allí.

Otro quizá habría dado un salto al sentir eso. Tony Lorens se limitó a abrir los ojos del todo, con una extraordinaria calma. Miró a su alrededor y vio un círculo de botas y de piernas que le rodeaban como los barrotes de una jaula. De una forma maquinal, contó hasta, seis hombres. Sólo entonces elevó más su mirada, y vio que doce revólveres le estaban encañonando a media altura con los percutores ya alzados y a punto de disparar.

Uno de los que le amenazaban llevaba un farol de petróleo que alumbraba la escena. Tony miró uno a uno aquellos rostros y se convenció de que eran completamente desconocidos para él, aunque por sus trazas pertenecían sin duda a forajidos de profesión. Calmosamente, se incorporó y dijo:

—Buenas noches, señores.

Uno de los que le amenazaban le hizo caer de nuevo de un salvaje puntapié en la barbilla.

Tony lanzó una bocanada de sangre. Sus ojos brillaron un momento, pero, enseguida volvió a quedar tan tranquilo e impasible como si nada hubiese sucedido. Sólo dijo:

—Tú serás el primero, hermano.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Por alguien tengo que empezar la matanza, ¿no?

El forajido fue a golpearle otra vez, pero uno de los que estaban más cerca se lo impidió.

—Quieto. El jefe lo quiere entero.

—¿El jefe? —preguntó Tony con una sonrisa—. ¿Pero vosotros tenéis jefe y todo?

—¡Menos palabras, imbécil! ¡Levántate y ponte junto a la pared!

—¿Cómo habéis sabido que ibais a encontrarme desprevenido? —preguntó.

—Eso lo sabe todo Carson City. Cualquiera está enterado de que duermes aquí. Parece como si nos hubieras estado esperando.

—En efecto, esperaba algún indicio, y vosotros lo sois.

—De poco va a servirte.

—En un caso como éste, tan extraño y tan misterioso, cualquier indicio es bueno. Hasta vuestras caras sucias.

Uno de los pistoleros conectó un gancho en el mentón de Tony y lo hizo girar sobre sí mismo, estando a punto de derribarlo. Pero el joven, aunque vaciló, no llegó a caer. Chocó contra la pared del fondo, apretó los dientes y lanzó un terrible puñetazo al vientre de su enemigo. Éste cayó al suelo, aullando, mientras los otros forajidos se arrojaban sobre Tony Lorens como una manada de buitres.

Dos culatas se abatieron sobre su cráneo, y a pesar de que intentó defenderse con los pies y dando violentos cabezazos, sus fuerzas fallaron. Un instante después estaba sin sentido en tierra.

Los pistoleros lo llevaron en hombros durante un buen trecho, hasta encontrar los caballos que tenían ocultos en un cercano bosquecillo, Luego lo doblaron sobre la grupa de uno de los animales, lo amarraron a conciencia y emprendieron el galope hacia un punto que estaba situado al norte de Carson City.

Cuando llegaron a su destino, Tony había recuperado ya el

conocimiento, pero sin poder moverse a causa de las ligaduras que lo sujetaban a la silla del caballo. En realidad no se daba exacta cuenta del lugar donde estaban. De repente se oyó una voz que ordenaba:

—¡Alto!

Los caballos se detuvieron, y Tony fue desamarrado en parte, de forma que pudiera andar. Vio que estaban en una vieja construcción minera aislada de todo otro edificio. Sus enemigos empujaron con los revólveres hacia la puerta.

—Vamos, adelante.

El joven penetró en una gran sala donde aún había viejas herramientas y restos de pólvora que sin duda se habían empleado tiempo atrás para los trabajos de la mina. Pero lo que llamó su atención no fue esto, sino el hombre que se encontraba cómodamente sentado en un sillón situado al fondo de la sala, junto a una mesa. Ese hombre era Mike Galento.

Tony no necesitó que le empujasen para acercarse a él. Por su propio paso se aproximó lentamente, haciendo rechinar las espuelas, y durante un instante, pareció como si el prisionero fuera Mike Galento, como si él, Tony Lorens, se estuviese acercando para matarle.

Pero Mike Galento se levantó de improviso, saltó hacia el joven y le propinó dos secos ganchos con el puño izquierdo. Tenía una mano algo pequeña y blanda, pero sabía pegar. Tony sintió que brotaba la sangre de sus labios y que se le nublaba la vista. Movió ágilmente la pierna derecha y en aquel momento uno de los pistoleros gritó:

—¡Cuidado, jefe!

Mike Galento se salvó por milímetros del terrible impacto. Saltó hacia atrás e hizo un movimiento muy raro con los brazos, pareciendo como si fuese a levantar el derecho que aún tenía en cabestrillo, Luego volvió, al ataque, y mientras sus hombres sujetaban a Tony Lorens le estuvo golpeando con su mano izquierda hasta que sus huesos le dolieron y todo el rostro del joven quedó bañado en sangre.

Éste no se inmutó. Ni siquiera cerró los ojos. Cuando Mike dejó de golpearle, una sonrisa burlona flotaba en sus labios.

—¿Habré de creer que has arriesgado la vida de tus hombres

sólo por esto, Galento?

—No. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente, Lorens.

—Y yo estoy deseando saldarla.

Los ojos de Mike Galento se achicaron un poco.

—Resolveremos esta cuestión mañana mismo por la noche, Lorens.

—¿Ah, sí? Eres un tipo muy sorprendente, Mike.

—¿Por qué?

—¿Es que no vas a matarme esta misma noche?

Mike Galento, por toda respuesta, fue hacia la mesa y regresó trayendo en la mano un par de periódicos estrujados que arrojó al rostro del joven.

—He de matarte delante de todos, ¿entiendes? ¡Delante de todos! Lo prometí en Denver y todos los periódicos del Oeste han reproducido mi promesa. Será el de safio del siglo, el desafío más importante de la historia de este país, y después de todo lo que se ha escrito sobre él yo seré el gatillo más veloz y más acreditado del Oeste entero.

—Lo celebro, Mike, pero veo en tu plan un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que seré yo quien te mate. Juré que lo haría. Iré al desafío con una sola bala en el revólver, pero esa bala llevará grabado tu nombre. La tengo preparada ya. Juro que te la clavaré entre los ojos.

Galento perdió los nervios otra vez y lanzó un cruzado al rostro del joven, que éste encajó con un gesto de dolor, pero sin mover la cabeza. Luego el pistolero se serenó instantáneamente. Se daba cuenta de que era estúpido perder la calma cuando todos los ases de aquella partida estaban en su mano.

Sus labios se torcieron en una sonrisa cuadrada y advirtió:

—No te he traído aquí para hablar contigo, Lorens.

—Lo supongo.

—Lo que hiciste en Denver merece un buen escarmiento. Te llenaré de plomo para que todo el mundo sepa cómo trata Mike Galento a los que pretenden jugar con él.

—Lo que tú hiciste con Norma Sheridan merece también un buen escarmiento, Mike. Pero yo soy un hombre más fino que tú. Una sola bala, una bala desinfectada y con tu nombrecito en la

punta, te entrará junto a los ojos. ¿Te parece eso bien o inventamos otra cosa?

—Nunca llegarás a disparar esa bala.

—¿Tan seguro estás?

—Claro que lo estoy. Completamente seguro. —Se volvió hacia uno de sus pistoleros y ordenó—: Tú, George, desata a nuestro amigo y haz en sus manos el trabajo que tenemos preparado.

Tony se estremeció en contra de su voluntad. Si Mike Galento le había traído allí y pensaba dejarlo libre para la noche siguiente, para desafiarse con él delante de todo Carson City, es que tenía pensado algo terrible. ¿Qué pretendería hacer? ¿Qué plan diabólico habría urdido su cerebro?

Pronto lo supo.

—Es un trabajo muy fino y muy poco espectacular, querido Lorens —dijo Galento con una sonrisa—. Se trata tan sólo de desarticular las falanges de tres dedos de cada una de tus manos, entre ellas los dos índices. George es un verdadero maestro en eso, un mago descoyuntando huesos. Exteriormente no se va a notar nada en ti, pero mañana, cuando pretendas sujetar los revólveres, éstos caerán de tus manos, porque no podrás cerrar los dedos en torno a las culatas. Pero si por una especie de milagro lograras levantar el «Colt», nunca conseguirías dispararlo porque tus índices no se cerrarían sobre los gatillos. Estás listo, Tony Lorens, tan listo como una rata en la trampa y rodeada de gatos hambrientos. Si te niegas al desafío, todo el mundo dirá que eres un cobarde. Si lo aceptas te rellenaré de plomo. Estaré disparando sobre ti hasta que se me acaben las balas y se me cansen las manos. Todo Carson City verá cómo Mike Galento, con sólo su mano izquierda, vence al que mató a Dale Burton.

Tony le escupió a la cara.

—¡Cobarde!

—¡Basta de palabrería! ¡Arréglale ya, George!

Mientras unos pistoleros le sujetaban, otros le libraron de sus ligaduras, y George extrajo de su cinto un cuchillo de pesado mango, que empuñó por la hoja. Tony sabía que un hombre hábil, con un golpe y un certero tirón, podía descoyuntar para siempre los huesos de sus dedos.

Dada la diabólica rapidez que se exigía para continuar vivo en

un desafío del Oeste, Tony Lorens podía considerarse ya en la tumba.

Y sabía que a la noche siguiente, cuando Mike Galento fuera a buscarle a la ciudad, él no podría rehusar el combate, so pena de ser considerado la más cobarde de las alimañas. Si decía que sus dedos no estaban en condiciones, nadie le iba a creer. Por eso sabiendo que Galento, en aquellos momentos, le estaba asesinando ya con tanta seguridad como si le clavara un cuchillo en el corazón, dijo despectivamente:

—Mañana procura matarme pronto, sabandija. Estaremos a quince pasos, y si la primera bala no me atraviesa el cráneo, tendré tiempo de llegar hasta ti y matarte con mis puños. Te lo prometo.

Galento rió.

—¿De qué te quejas, Lorens? Al fin y al cabo, no hago más que poner las cosas en pían de igualdad. Yo también soy casi un inválido…

George le tomó la mano derecha y golpeó suavemente en la unión de la primera y segunda falanges del índice. Aunque no llegó a descoyuntar los huesos todavía, Tony sintió un extraño y vivísimo dolor. Tuvo que cerrar los ojos y echar para atrás la cabeza.

Sabía que ahora, George daría un sabio tirón y le propinaría otro golpe. Después de aquello, sería muy dudoso de que su índice llegara a tener fuerza normal otra vez. Eso significaba el fin de todo, significaba su muerte para la noche siguiente. Pero ni el tirón ni el golpe llegaron a producirse.

En aquel momento la puerta de la cabaña se abrió violentamente. Alguien la había empujado desde fuera con un rápido puntapié. Una ráfaga de aire tempestuoso penetró en el edificio. Todos se volvieron en aquella dirección y vieron a una mujer vestida con ropas masculinas, completamente negras y con una máscara cubriéndole enteramente cabellos y rostro.

Llevaba dos revólveres en las manos. Se notaba que era una mujer por las formas de su cuerpo.

Tony estuvo a punto de lanzar un grito. ¡Era Norma! ¡Norma Sheridan!

Capítulo XI

EL SECRETO DE LA NOCHE

Galento y sus hombres no se fijaron demasiado en los relieves femeninos de aquella figura. Para ellos, lo único importante, eran los revólveres. ¡Dos revólveres del «45», que en doce segundos podían hacer estallar doce cabezas!

Tony Lorens, aprovechando la momentánea desorientación de sus enemigos, saltó de costado, y como tenía las manos libres, lanzó al aire dos soberbios ganchos que encontraron en su camino las mandíbulas de George y de Galento, los enemigos que tenía más cerca. Éstos cayeron al suelo, lanzando salvajes maldiciones, y sus compañeros desenfundaron las armas. Para dos de ellos, semejante gesto significó el fin.

La figura vestida de negro hizo dos disparos, y dos hombres cayeron con las cabezas atravesadas. Ni un milímetro había temblado su pulso. Aquel extraño fantasma había venido a matar.

Galento comprendió que él y sus hombres estaban en la línea de tiro, y que no podían preocuparse ya del prisionero, sino tan sólo de salvar sus vidas. Lanzó un grito, ordenando a sus hombres que se cubrieran, y saltó tras la mesa, único mueble grande que había en la desnuda habitación, mientras sacaba su revólver.

La figura de la puerta disparó otra vez, y la bala cazó en su camino a uno de los forajidos. Éste cayó al suelo con la frente atravesada.

En tan breves segundos, Tony Lorens, comprendiendo que ésta era su oportunidad, había liberado sus pies de dos secos tirones, disponiéndose a correr hacia la puerta.

Vio con el rabillo del ojo que Galento le estaba apuntando ya y comprendió que no llegaría a tiempo.

Saltó por una ventana, con gran estrépito de cristales, y una vez en tierra, en el exterior, dio varias vueltas sobre sí mismo para esquivar los posibles balazos de un perseguidor. Luego miró hacia la puerta, viendo la negra figura de la mujer que se perdía entre las sombras en dirección a un bosquecillo cercano.

Después de salvarle la vida, ella ya nada tenía que hacer allí.

Las cuerdas vocales de Tony Lorens se desgarraron cuando gritó:

—¡Norma! ¡Dios mío, Norma! ¡Ven aquí, Norma Sheridan!

Fue inútil. Tan fantasmalmente cómo había aparecido, la figura se esfumó. Tony corrió hacia el bosquecillo con todas sus fuerzas y sólo pudo llegar a tiempo de oír el galope de un caballo que se alejaba.

No podía entretenerse en pensar demasiado. Sus enemigos se recuperarían de la sorpresa y saldrían a perseguirle de un momento a otro. Ellos llevaban armas y él no. Seguidamente rodeó el bosquecillo y luego se metió en una cañada junto a un pequeño riachuelo. A sus espaldas oía los gritos de los pistoleros y las órdenes de Mike Galento, quien les recomendaba prudencia por si el vestido de negro aún estaba por allí. Pero al no oír disparos, los forajidos se confiaron y empezaron una batida en regla. Tony Lorens se dejó caer por un desnivel y luego fue siguiendo una vaguada en dirección a Carson City. Las voces de sus perseguidores cesaron pronto, pero lo que no cesó fueron los pensamientos atropellados que poblaban su cráneo ¡Había visto a Norma otra vez! ¡Norma Sheridan le había salvado la vida!

Mientras el joven llegaba a la altura de las primeras casas de la ciudad, un jinete completamente vestido de negro, llevando aún sobre sus facciones la negra máscara, se dirigía al galope a una mina abandonada que estaba entre unos peñascales, aproximadamente a seis millas de Carson City.

Una vez en la mina, desmontó, penetró en la galería y fue siguiendo un rastro que desde una grieta en el techo señalaba la luz de la luna, el suelo era de arena, y en él se marcaban las huellas de unos zapatos muy terminados en punta, tan terminados en punta que no se comprendía cómo un vaquero corriente podía andar con ellos.

El jinete siguió avanzando. Tras un recodo de la galería había luz. Al ruido de sus pasos, una sombra encorvada se despegó de las paredes rocosas y fue a cruzarse en el camino del extraño fantasma vestido de negro.

La figura correspondía a un hombre de unos cuarenta y cinco años, bajo y encorvado, pero extraordinariamente fuerte. Su aspecto era el de un gorila. Se acercó un poco a la luz y entonces pudo verse el mismo rostro que Tony Lorens había contemplado a través de la ventana del Banco la trágica noche en que desapareció Norma Sheridan.

El hombre dijo:

—Pasa, todo va bien.

El jinete adelantó unos pasos y se encontró en una gruta natural, que recibía aire por una pequeña grieta en el techo, y en la que no había el menor vestigio de humedad. La gruta había sido habilitada para vivienda humana, y en ella había dos jergones, una mesa y unos rudimentarios utensilios de cocina. Sobre uno de los jergones reposaba una figura humana.

—Sí, ya veo que todo va bien —dijo el jinete negro.

Fue entonces cuando desprendió de su rostro la negra máscara que lo cubría.

Fue entonces cuando se vieron sus cabellos rubios, sus ojos azules, sus turbadores labios.

¡Los cabellos, los ojos, y los labios de Iris!

La muchacha se acercó al jergón donde descansaba la figura humana.

—¿Qué tal te encuentras esta noche, Norma? ¿Crees que podrás llegar hasta Carson City?

Norma, desde su rudimentario lecho, le sonrió. Tenía una sonrisa cansada, un poco triste, pero había en ella ánimos y deseos de vivir. Iris se arrodilló junto a ella y le acarició los cabellos.

—Qué terribles días hemos pasado para llegar hasta esto, ¿verdad?

—Creí que moriría, Iris. De no ser por ti y Michael…

El hombre se acercó sonriendo tímidamente. A pesar de su aspecto de gorila se adivinaba en sus ojos que era un hombre temeroso, incapaz de hacer daño a nadie. Casi se avergonzaba de que una mujer tan fina como Norma Sheridan le agradeciera su

intervención.

—A Michael se lo debes todo —dijo Iris—. Cuando él te vio aquella noche en el Banco, desangrándote, comprendió que si Tony era vencido, aquellos asesinos te rematarían. Tuvo la idea de abrir una de las ventanas, recogerte y huir contigo, aprovechando la confusión, a su refugio en esta mina, un refugio cuya existencia nadie sospechaba. Aquí te tendió te extrajo las balas y te hizo las primeras curas en unas heridas que parecían irremediablemente mortales. Luego me llamó a mí. El solo era incapaz de continuar, necesitaba vendajes, alimentos…

—Nunca te he preguntado esto, Iris, pero ¿por qué te llamó precisamente a ti? ¿De qué te conocía?

—Michael fue condenado a muerte hace varios años, pero mi tío, el juez Foster, revisó la causa tiempo después, y llegó a la conclusión de que Michael había obrado en defensa propia. La pena le fue rebajada notablemente y Michael salió al fin, viniendo a darnos las gracias. Por eso me conocía. Lo que te explico ocurrió en Dallas hace unos seis meses. Michael lleva aún los zapatos que le dieron en el penal, unos zapatos muy puntiagudos e incómodos para que los reclusos no pudieran hacer con ellos largas caminatas y por tanto no sintieran la tentación de huir. ¿Satisfecha tu curiosidad, Norma?

Ella estrechó la mano que acariciaba sus cabellos.

—Nunca podré pagarte lo que has hecho por mí, Iris.

—No tienes que pagarme nada. Lo único que debes hacer es reunir tus fuerzas y tener ánimos para volver mañana a tu casa. Durante estos días, para no exponerte a nuevos peligros, al no faltarte nada, tampoco he querido comunicar a nadie que vivías. Los hombres de Galento todavía andan por aquí.

Se puso en pie y dijo con una sonrisa:

—Descansa, Norma. Mañana a primera hora regresarás a Carson City y las puertas de la vida se abrirán de nuevo para ti. Ahora voy a cambiarme. Michael, váyase, por favor.

Michael obedeció como un perro dócil, e Iris cambió en unos minutos sus ropas masculinas —similares a las que había visto usar a Norma una vez— por sus delicados vestidos de mujer. Cuando se volvió de nuevo hacia Norma, había lágrimas en sus ojos, pero a la distancia que se encontraba la herida, no lo notó. Tampoco Iris notó

que había lágrimas en los ojos de Norma.

Instantes después, sin decir una palabra más, la muchacha salía de la mina y, montando de costado en su caballo, se encaminó hacia Carson City.

Mientras tanto, su cerebro, hervía de pensamientos.

Si Tony Lorens había pensado casarse con aquella mujer, con Norma, ella no lo impediría. Le quería demasiado para ser un obstáculo en su vida, para anular uno solo de sus propósitos. Tony siempre creería, cuando viese a Norma al día siguiente, que era ella la que le había salvado. Siempre tendría motivos para amarla. Ella, Iris, desaparecerla de Carson City y al poco tiempo ya no sería más que una de esas sombras lejanas que se han desvanecido con los recuerdos. Llegó a su casa y empezó a prepararse las maletas para el viaje. Tío Foster ya estaba de acuerdo y ya había alquilado un carruaje con escolta para que la llevara de nuevo hacia el Este.

Para ella, para Iris, aquello sería el fin.

CAPÍTULO XII

EL DESAFIÓ

Desde por la mañana a primera hora reinaba una inusitada expectación en Carson City.

Se sabía que Mike Galento estaba cerca de la ciudad y que iba a aparecer en ella para desafiar a Tony Lorens, el hombre que había sido capaz de matar a Dale Burton. El duelo entre aquellos dos colosos del gatillo había estremecido las fibras más sensibles de la violenta ciudad, y a lo largo de la calle principal, esperando en los porches, había más de trescientas personas ansiosas de presenciar el desafío.

Todos los relojes habían sido puestos en hora. El fabricante de ataúdes había construido uno de la mejor calidad para regalarlo al que perdiera en el desafío, y lo tenía expuesto en el escaparate de su establecimiento. Nunca Carson City, en toda su turbulenta historia, había vivido una mañana así.

Ni siquiera la llegada de Norma Sheridan, que se presentó en su casa cuando ya su padre no se atrevía a confiar en nada, llamó la atención.

A Tony Lorens fue imposible encontrarle por la ciudad. Muchos dijeron que había huido, que era un cobarde. Otros afirmaban que aquella mañana le habían visto comprar un revólver del «45» y cargarlo con una sola bala.

Debían ser las doce y el sol caía a plomo, cuando alguien gritó:

—¡Galento! ¡Ahí llega Mike Galento!

Más de trescientas cabezas se volvieron en una misma dirección, hacia la mitad de la calle principal de Carson City. Más de

trescientas respiraciones se cortaron y luego empezaron a agitarse angustiosamente. En efecto, el hombre que llegaba a pie, andando poco a poco, con el brazo derecho en cabestrillo, era Mike Galento.

Y de repente la misma voz gritó:

—¡Ahí está Tony Lorens!

Las trescientas cabezas se volvieron entonces en la dirección opuesta. Las respiraciones volvieron a agitarse. Tony Lorens, avanzaba a pie, lentamente, por el otro extremo de la calle. Llevando un solo revólver sobre la cadera izquierda.

Los dos enemigos avanzaron. Se oía en la calle silenciosa el rumor cantarino de sus espuelas. El aire parecía más quieto, más cálido, más mortal que nunca. Era como si la pólvora ya flotase en él. El ruido cantarino de las espuelas cesó de repente. Primero Galento, luego Lorens. Estaban a quince pasos.

Si moría Galento, habrían terminado prácticamente los pistoleros en la ciudad. Si moría Lorens, ésta quedaría sin, ley y a merced del gatillo del vencedor.

Todos se preguntaban si un hombre como Galento lograría vencer a un diablo como Lorens con sólo su mano izquierda.

Hubiérase dicho que ahora nadie respiraba.

Los dos hombres tenían el brazo derecho quieto, el izquierdo arqueado sobre la cadera del revólver.

El sol marcaba sus figuras y parecía como si los retratase antes de morir.

Fue Galento el que habló primero:

—¿No aprovechas la ventaja, Lorens? ¿Por qué no llevas dos revólveres y usas tu mano derecha?

—De nada me servirían dos revólveres. Te dije ayer que sólo tenía una bala. Una bala con tu nombre.

Galento sonrió.

—Si la fallas eres hombre muerto, Lorens.

—No la fallaré.

Los dos hombres se inclinaron un poco hacia delante. Sus miradas taladraron el aire.

Fue Tony el que gritó:

—¡Ahora!

Los dos pistoleros se arquearon un poco más y se movieron con velocidad de reptiles. Pero ante el asombro de todos, Galento no

llevó la mano izquierda a su revólver. Fue la derecha la que se movió. ¡La derecha, que ya estaba preparada dentro de los vendajes y ya empuñaba un pequeño revólver de cañón corto!

Fue él quien disparó primero. El tenía todas las ventajas, él tenía de su lado la traición. Pero Tony, que se había avalanzado a tierra al notar un gesto extraño en su enemigo, no disparó hasta el último momento, hasta que la bala de Galento hubo pasado rozando su cabeza. Luego apretó el gatillo una sola vez, y una mancha roja apareció en el centro exacto de la frente de Galento. Todo aquello había sucedido en menos de un segundo. El pistolero, llevando clavada una bala con su nombre, cayó muerto a tierra.

Su truco, durante tanto tiempo preparado, su estratagema de hacer con la mano izquierda los desafíos fáciles, engañando a todo el mundo y dejando la derecha para cuando la situación fuese realmente comprometida, no le había servido esta vez.

Tony Lorens guardó su revólver descargado, dio media vuelta y se dirigió en dirección a un caballo que tenía atado al amarradero, a veinte o veinticinco yardas de allí. Minutos antes había visto marchar a Iris de la ciudad y suponía que la muchacha ya nada quería saber de él. Ningún amor le quedaba a Tony Lorens en Carson City, y muerta Norma, no le quedaba tampoco ninguna misión que cumplir.

Había llegado, pues, la hora de la partida.

Iba ya a montar a su caballo, cuando el banquero Sheridan llegó sudoroso junto a él, le dijo que le había estado buscando toda la mañana y le rogó que le acompañase antes de marchar.

Tony obedeció por cortesía, pero en realidad ardía en deseos de hallarse lejos de Carson City.

Entró en la casa del banquero y allí se encontró con la sorpresa más grande de su vida. Norma estaba en su habitación, esperándole, y después de unos instantes de asombró del joven, instantes durante los que no supo qué decir, la muchacha se lo explicó todo, le confesó que después de sus heridas ya no sería madre y terminó dándole cuenta de la intervención que Iris había tenido en la pelea de la noche anterior. Así, para no cruzarse en su camino, calladamente, haciendo el más sublime sacrificio, Iris había desaparecido dejando el campo libre a los dos creyendo que se amaban.

—Pero tú la has querido siempre a ella, Tony —susurró Norma —. Lo que te empujaba a mí era sólo la lástima, la sensación de que tenías que cumplir un deber. Pero ahora ya nada te liga. Tienes que ir en su busca, Tony, Ella te quiere. ¡Te quiere! Yo hice lo posible para salvarte una vez, porque eras el único hombre honrado que había en Carson City, pero ella…

El joven estrechó fuertemente las manos de Norma y dijo:

—Nos volveremos a ver. Quiero que asistas a nuestra boda.

Salió como un ciclón y montó su caballo. Lo que sucedió a continuación demostró que Tony Lorens era uno de los mejores jinetes del Oeste. Galopó como un condenado hasta dar alcance al carruaje que llevaba a su prometida, y desde lejos, gritó:

—¡Iris! ¡Iris! ¡Detente!

El carruaje se detuvo, Tony llegó junto a él y allí, en medio de la llanura, sin decir una sola palabra, arrancó a Iris de su asiento la subió a su caballo y la besó apasionadamente.

FIN